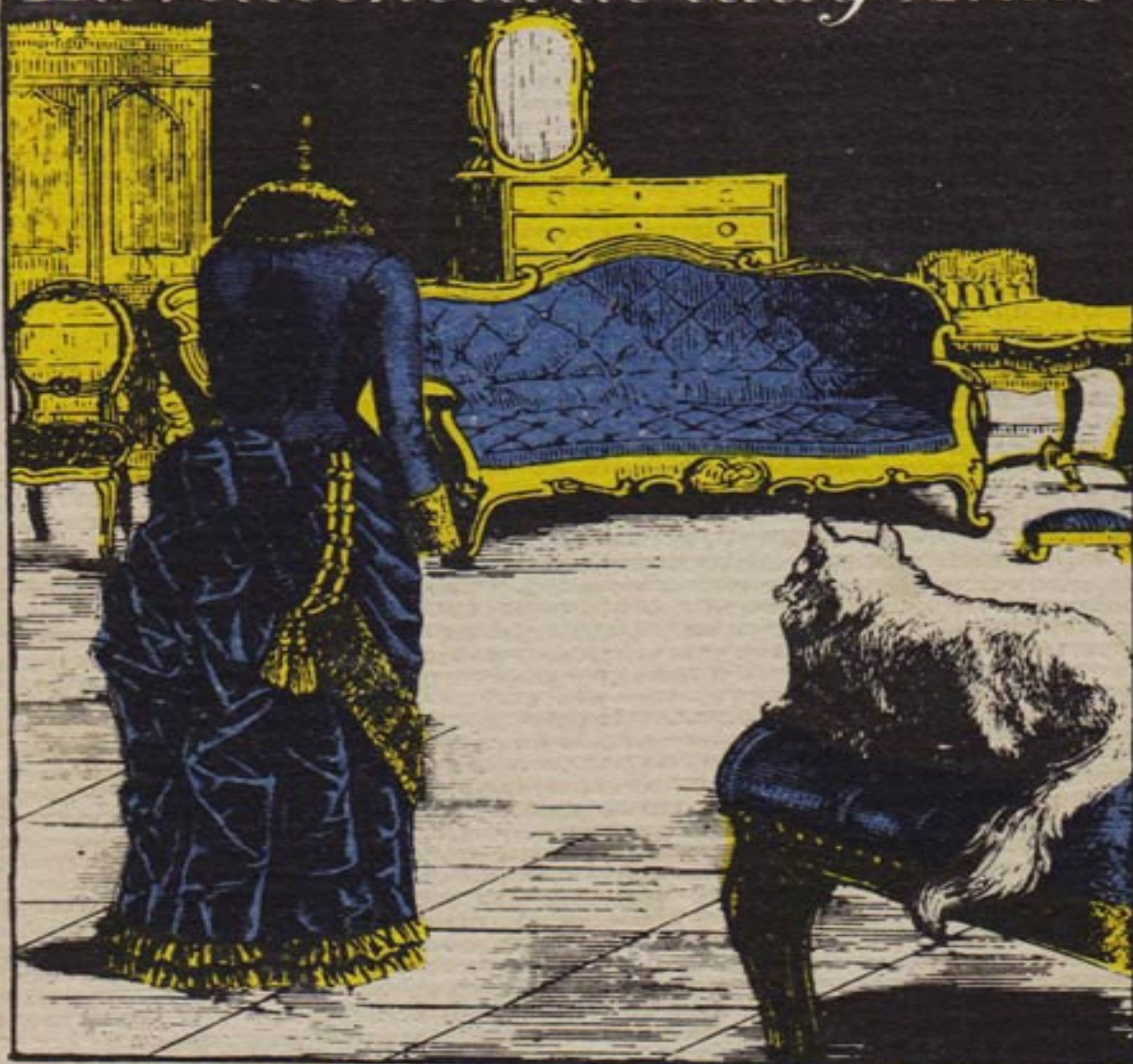


SAKI

La reticencia de lady Anne



La Biblioteca de Babel
colección de lecturas fantásticas
dirigida por Jorge Luis Borges

Con una suerte de pudor, Saki da un tono de trivialidad a relatos cuya íntima trama es amarga y cruel. Esa delicadeza, esa levedad, esa ausencia de énfasis puede recordar las deliciosas comedias de Wilde.

Su Inglaterra era aquélla de la clase media victoriana, regida por la organización del tedio y por la repetición infinita de ciertos hábitos. Con un humor ácido, esencialmente inglés, Saki ha satirizado a esa sociedad.

Jorge Luis Borges



Saki

La reticencia de lady Anne

La Biblioteca de Babel - 28

ePub r1.0
orhi 23.09.14

Títulos originales: *The Reticence of Lady Anne*

The Story-Teller

The Lumber-Room

Gabriel-Ernest

Tobermory

The Frame

The Unrest-Cure

The Peace of Mowsle Barton

Quail Seed

The Open Window

Sredni Vashtar

The Interlopers

Saki, 1910

Traducción: Jesús Cabanillas

Editor digital: orhi

ePub base r1.1



Prólogo

Como Thackeray, como Kipling y como tantos otros ingleses ilustres, Hector Hugh Munro nació en el Oriente y conoció en Inglaterra el desamparo de una niñez vivida lejos de los padres y, en su caso, severamente vigilada por dos rígidas tías. Su nombre, Munro, corresponde a una antigua familia escocesa; su sobrenombre literario, Saki, de las Rubáiyát (la palabra en persa quiere decir copero). Según testimonio de su hermana Ethel, las tías tutelares, Augusta y Carlota, eran imparcialmente detestables; el hecho de que odiaran a los animales puede no ser ajeno al amor que Munro siempre les profesó. En su obra abundan las aborrecibles y arbitrarias personas mayores cuya sola presencia frustra la vida de quienes las rodean y la amistad de los animales, en la que siempre hay algo de magia. Completada su educación universitaria en Inglaterra, volvió a su patria, Birmania, para ocupar un cargo en la policía militar. Siete ataques de fiebre en poco más de un año, lo forzaron a regresar. En Londres ejerció el periodismo. Se inició en la sátira política en la Westminster Gazette y entre 1902 y 1908 fue corresponsal del Morning Post en Polonia, en Rusia y en París. En esta ciudad aprendió a gozar de la buena comida y a despreciar la mala literatura. A la edad de cuarenta y cuatro años en 1914 fue, honrosamente, uno de los cien mil voluntarios que Inglaterra envió a Francia. Sirvió, como soldado raso, lo mataron en el invierno de 1916 en el ataque a Beaumont-Hamel. Se dice que sus últimas palabras fueron: Put out that bloody cigarette, “Apaguen ese maldito cigarrillo”. No es imposible que se refiriera a la guerra.

Su vida fue cosmopolita, pero toda su obra (con la excepción de un solo cuento que ya comentaremos) se sitúa en Inglaterra, en la Inglaterra de su melancólica infancia. Nunca se evadió del todo de aquella época, cuya irremediable desventura fue su materia literaria. Este hecho nada tiene de singular; la desdicha es, según se sabe, uno de los elementos de la poesía. La Inglaterra, padecida y aprovechada por él, era la de la clase media victoriana, regida por la organización del tedio y por la repetición infinita de ciertos hábitos. Con un humor ácido, esencialmente inglés, Munro ha satirizado a esa sociedad.

El primer relato de esta serie, La reticencia de Lady Anne, juega a ser satírico, pero, bruscamente, es atroz. El narrador de cuentos se burla de las convenciones del apólogo y de la hipócrita bondad. La niñez desdichada del autor vuelve a aparecer en El cuarto trastero, que prefigura a Sredni Vasthar y que, en algún momento,

recuerda la admirable Puerta en el muro de Wells. Más allá de los rasgos satíricos a que nos ha habituado el autor, la pieza titulada Gabriel-Ernest renueva un mito universal, eludiendo todo arcaísmo. Un animal es también el protagonista de Tobermory y, extrañamente, este animal es una amenaza por lo que tiene de humano y de razonable. El marco es una extravagancia sin precedentes, que sepamos, en la literatura. Mientras es deleznable, el héroe es valioso; cuando recobra su dignidad, ya no es nadie. Los protagonistas de Cura de desasosiego ignoran el argumento esencial; no así el lector que le da su generosa y divertida complicidad. En La paz de Mowsle Barton sentimos intensamente lo singular del concepto de bruja, en el que se aúnan el poder, la magia, la ignorancia, la maldad, la miseria y la decrepitud. Mixtura para codornices insinúa, desde el extraño título, la arbitrariedad y la estupidez de la conducta de los hombres. No lo sobrenatural sino la simulación de lo sobrenatural es el tema básico de La puerta abierta. Sin embargo, si tuviéramos que elegir dos de los cuentos de nuestra antología (y nada nos obliga, por cierto, a esa dualidad), destacaríamos Sredni Vasthar y Los intrusos. El primero, acaso como todo buen cuento, es ambiguo: cabe suponer que Sredni Vasthar era realmente un dios y que el desventurado niño lo intuía, pero también es lícita la hipótesis de que el culto del niño hizo del hurón una divinidad, tampoco está prohibido pensar que la fuerza del animal procede del niño que sería realmente el dios y que no lo sabe. Está bien que el hurón vuelva a lo desconocido de donde vino; no menos admirable es la desproporción entre la alegría del niño liberado y el hecho trivial de prepararse una tostada. Del todo diferente es la fábula que se titula Los intrusos. Ocurre, como el Prince Otto de Stevenson, en esa boscosa y secreta Europa Central que corresponde menos a la geografía que a la imaginación. Nunca sabremos si procede de una experiencia personal; la sentimos como una historia fuera del tiempo que tiene que haberse dado muchas veces y en formas muy diversas. Los caracteres no existen fuera de la trama, pero ese rasgo la favorece, ya que es propio del mito y de la leyenda. El título prefigura la línea final que, sin embargo, es asombrosa y singularmente patética. Para Dios, no para los hombres, los dos enemigos, que, esencialmente, son él mismo, se salvan. Con una suerte de pudor, Saki da un tono de trivialidad a relatos cuya íntima trama es amarga y cruel. Esa delicadeza, esa levedad, esa ausencia de énfasis puede recordar las deliciosas comedias de Wilde.

Jorge Luis Borges

La reticencia de lady Anne

Egbert entró en el gabinete, espacioso y sucintamente iluminado, con el aire de un hombre que no está seguro de si se adentra en un palomar o en una fábrica de bombas y se halla preparado para ambas eventualidades. El insignificante altercado doméstico habido ante la mesa del almuerzo habíase disputado sin llegar a término definitivo y el problema era saber hasta qué punto lady Anne se hallaba en disposición de reiniciar o cesar las hostilidades. Su postura en el sofá, junto a la mesa del té, era de una rigidez un tanto artificiosa; en la penumbra de un atardecer de diciembre los quevedos de Egbert no le eran materialmente de gran utilidad para distinguir la expresión de su rostro.

En un intento por romper cualquier hielo que pudiera flotar en la superficie formuló una observación acerca de una tenue luz litúrgica. Lady Anne o él mismo solían hacer esta observación entre las 4.30 y las 6 de las tardes de invierno o de fines de otoño; formaba parte de su vida conyugal. No existía una réplica establecida para ella y lady Anne no dio ninguna. Don Tarquinio estaba tumbado sobre la alfombra, al amor de la chimenea, con una soberbia indiferencia ante el posible malhumor de lady Anne. Su *pedigree* era tan intachablemente persa como el de la alfombra y su piloso collarín entraba en la gloria de su segundo invierno. El joven criado, que tenía tendencias renacentistas, le había acristianado como Don Tarquinio. Abandonados a sí mismos, Egbert y lady Anne infaliblemente le habrían puesto Fluff, pero no eran obstinados.

Egbert se sirvió un poco de té. Como no había la menor traza de que el silencio se rompiera a iniciativa de lady Anne, se armó de valor para realizar otro yermáqueo esfuerzo^[1].

—La observación que hice durante el almuerzo tenía una intención puramente académica —anunció—; parece atribuirle una significación innecesariamente personal.

Lady Anne mantuvo su defensiva barrera de silencio. Displícitamente, el pinzón real colmó el intervalo con un aire de *Ifigenia en Táuride*. Egbert lo reconoció inmediatamente, ya que era el único aire que silbaba el pinzón y había llegado a sus manos con la reputación de silbarla. Tanto Egbert como lady Anne hubieran preferido algo de *The Yeoman of the Guard*^[2], que era su ópera favorita. En materia de arte tenían un gusto similar. Ambos se inclinaban por lo sincero y explícito en arte; un cuadro, por ejemplo, que lo dijera todo por sí mismo, con la generosa ayuda

de su título. Un corcel de guerra sin jinete, con el arnés en evidente estrago que irrumpe dando tumbos por un patio lleno de pálidas y desfallecientes mujeres y con la anotación, al margen, de “Malas noticias”, sugería a sus mentes una meridiana interpretación de catástrofe militar. Les permitía apreciar lo que se trataba de transmitir y explicárselo a sus amigos de inteligencia más obtusa.

El silencio se prolongaba. Por regla general, el enojo de lady Anne se tornaba articulado y acentuadamente voluble al cabo de cuatro minutos de mutismo introductorio. Egbert tomó la jarra de la leche y vertió parte de su contenido en el platillo de Don Tarquinio; como el platillo ya estaba lleno hasta los bordes el resultado fue un patético rebosamiento. Don Tarquinio lo contempló con un sorprendido interés que se desvaneció en una artificiosa impasibilidad cuando fue requerido por Egbert para acercarse y engullir parte de la sustancia derramada. Don Tarquinio estaba preparado para desempeñar muchos papeles en la vida pero el de aspiradora en la limpieza de alfombras no era uno de ellos.

—¿No crees que nos estamos portando como unos tontos? —dijo Egbert jovialmente.

Si lady Anne lo creía así no lo dijo.

—Me atrevo a decir que en parte la culpa ha sido mía —prosiguió Egbert con una jovialidad que se evaporaba—. Después de todo, tan sólo soy humano, tú lo sabes. Pareces olvidar que tan sólo soy humano.

Insistía sobre este punto como si hubiera habido infundadas insinuaciones de que en su conformación había rasgos satíricos, con apéndices caprinos allí donde lo humano terminaba. El pinzón real comenzó de nuevo su aire de *Ifigenia en Táuride*. Egbert empezó a sentirse deprimido. Lady Anne no se tomaba su té. Tal vez se sintiera indispueta. Sin embargo, cuando lady Anne se sentía indispueta no solía ser reticente al respecto. “Nadie sabe lo que sufro a causa de la indigestión”, era una de sus aseveraciones favoritas; pero la falta de conocimiento sólo podía deberse a una defectuosa audición; el montante de la información disponible sobre el tema habría proporcionado material suficiente para una monografía. Evidentemente lady Anne no se sentía indispueta.

Egbert empezó a considerar que estaba siendo tratado de un modo poco razonable; naturalmente, empezó a hacer concesiones.

—Me atrevo a decir —observó, adoptando una posición sobre la alfombra situada ante la chimenea tan centrada como logró persuadir a Don Tarquinio que le permitiese—, que se me puede censurar. Estoy dispuesto, si con ello puedo restablecer las cosas en una situación más feliz, a intentar enmendarme.

Se preguntaba vagamente cómo sería posible tal cosa. Las tentaciones se le presentaban, en su madurez, de forma esporádica y no muy acuciantes, como un desmañado aprendiz de carnicero que pide un regalo navideño en febrero sin una razón más halagüeña que el no haberlo recibido en diciembre. No tenía más intención de sucumbir a aquéllas que de comprar los cubiertos de pescado o las estolas de piel que las señoras se veían obligadas a sacrificar por medio de las columnas de anuncios a lo largo de los doce meses del año. Sin embargo, había algo de impresionante en esta renuncia no solicitada a unos excesos posiblemente latentes.

Lady Anne no dio la menor muestra de estar impresionada.

Egbert la miró nerviosamente a través de sus lentes. Llevar la peor parte en una controversia con ella no era una experiencia nueva. Llevar la peor parte en un monólogo era una humillante novedad.

—Iré a vestirme para la cena —anunció con una voz en la que intentó deslizar un cierto deje de severidad.

Ya en la puerta, un postrer acceso de debilidad le impulsó a hacer una ulterior apelación.

—¿No estaremos siendo muy tontos?

—Un memo —fue el comentario mental de Don Tarquinio al cerrarse la puerta tras la retirada de Egbert. Luego, alzó al aire sus aterciopeladas garras delanteras y brincó con agilidad a una estantería situada justamente debajo de la jaula del pinzón real. Era la primera vez que parecía advertir la existencia del pájaro, pero desplegab un plan de acción preconcebido, con la precisión de una madura deliberación. El pinzón real, que se imaginaba a sí mismo como algo parecido a un déspota, súbitamente se confinó en una tercera parte de su radio de acción normal para sumirse luego en un desvalido aleteo y en un estridente piar. Había costado veintisiete chelines, jaula aparte, pero lady Anne no hizo el menor gesto de ir a intervenir. Llevaba muerta dos horas.

El narrador de cuentos

Era una tarde sofocante y en el vagón reinaba la consiguiente atmósfera de bochorno. La siguiente parada sería Templecombe, al cabo de casi una hora. Los ocupantes del vagón eran una chiquilla, una chiquilla más pequeña y un chiquillo. Una tía de los niños ocupaba un asiento en un extremo y el asiento del extremo opuesto lo ocupaba un joven caballero que era ajeno al grupo, pero las chiquillas y el chiquillo ocupaban ostensiblemente todo el compartimiento. Tanto la tía como los niños mantenían un tipo de conversación restringida y persistente que recordaba a las efusiones de una mosca doméstica inasequible al desaliento. Aparentemente, la mayor parte de las observaciones de la tía comenzaba por “No” y casi todas las observaciones de los niños empezaban con “¿Por qué?”. El joven caballero no pronunciaba una sola palabra.

—No, Cyril, no —exclamó la tía cuando el muchachito empezó a chupetear las almohadillas del asiento, levantando una nube de polvo a cada bufido.

—Ven a mirar por la ventanilla —añadió.

El niño se encaminó de mala gana hacia la ventana.

—¿Por qué se llevan las ovejas de ese prado? —inquirió.

—Supongo que se las llevan a otro prado en que haya más hierba —dijo la tía quedamente.

—Pero si hay mucha hierba en ese prado —protestó el niño—; no hay más que hierba en él. Tía, en ese prado hay muchísima hierba.

—Tal vez la hierba del otro prado es mejor —sugirió la tía sandiamente.

—¿Por qué es mejor? —brotó la inmediata e inevitable pregunta.

—¡Oh, mira esas vacas! —exclamó la tía. En casi todos los campos, a todo lo largo de la vía, había vacas y bueyes, pero ella lo dijo como si volcara su atención sobre una rareza.

—¿Por qué es mejor la hierba del otro prado? —persistió Cyril.

En el rostro del joven caballero el entrecejo tomábase un profundo ceño. Era un hombre insensible y antipático, decidió la tía para sus adentros. Se sentía totalmente incapaz de llegar a alguna decisión satisfactoria acerca de la hierba del otro prado.

La más pequeña de las chiquillas originó una diversión al comenzar el recitado de “En el camino de Mandalay”. Se sabía tan sólo el primer verso pero extraía el máximo partido de su limitado conocimiento. Repetía el verso una y otra vez, como una melopea, pero con una voz resuelta y perfectamente audible. Al joven caballero

se le antojaba aquello como si alguien hubiera hecho una apuesta con ella a que no era capaz de repetir el verso en voz alta dos mil veces sin parar. Quienquiera que hubiera hecho el envite probablemente perdería la apuesta.

—Venid aquí y escuchad mi cuento —dijo la tía, después de que el caballero la hubiera mirado por dos veces y una vez al tirador de llamada.

Los niños se encaminaron displicentemente hacia el extremo del vagón en que se hallaba la tía. Evidentemente, su reputación como narradora no rayaba alto en su estima.

Con voz baja y confidencial, interrumpida frecuentemente por sonoras y petulantes preguntas de sus oyentes, dio principio a un cuento anodino y lastimosamente falto de interés acerca de una niña que era buena y que debido a su bondad se hacía amiga de todo el mundo y que a la postre se veía a salvo de un toro enfurecido a cargo de unos cuantos salvadores que admiraban su carácter moral.

—¿Es que no la habrían salvado si no hubiera sido buena? —preguntó la mayor de las niñas. Era exactamente la pregunta que el joven caballero hubiera querido formular.

—Bueno, pues sí —admitió la tía a regañadientes—, pero no creo que hubieran corrido en su ayuda con tanta premura si no la hubieran tenido en tan alto aprecio.

—Es el cuento más estúpido que he oído jamás —dijo la mayor de las niñas con infinita convicción.

—Yo, después de oír el principio, ya no he escuchado más. Era tan estúpido —dijo Cyril.

La más pequeña de las chiquillas no hizo ningún comentario explícito acerca del cuento pero hacía un largo rato que había reemprendido en un susurro la repetición de su verso favorito.

—No parece usted tener un gran éxito como narradora —dijo súbitamente el joven caballero desde su extremo.

La tía se erizó en instantánea defensa ante aquel ataque inesperado.

—Es muy difícil contar cuentos que los niños puedan a la vez comprender y disfrutar —dijo con tiesura.

—No estoy de acuerdo con usted —replicó el joven caballero.

—Tal vez *a usted* le gustaría contarles un cuento —fue, a su vez, la réplica de la tía.

—Cuéntenos un cuento —pidió la mayor de las niñas.

—Erase una vez —comenzó el joven—, una niñita llamada Bertha que era extraordinariamente buena.

El interés infantil, momentáneamente despertado, empezó a decaer al instante; todos

los cuentos parecían horriblemente similares, independientemente de quién los contara.

—Hacía todo lo que le mandaban, decía siempre la verdad, mantenía sus vestidos limpios, se comía las gachas como si fueran tartas de confitura, se aprendía las lecciones perfectamente y era de modales educados.

—¿Era guapa? —preguntó la mayor de las niñas.

—No tan guapa como vosotras —respondió el joven—, pero era horriblemente buena.

Se produjo un movimiento de reacción a favor del cuento; la palabra horrible asociada con bondad era una novedad que se recomendaba por sí sola. Parecía introducir una aureola de autenticidad que se hallaba ausente de los cuentos infantiles de la tía.

—Era tan buena —prosiguió el joven—, que ganó varias medallas a causa de su bondad, las cuales se prendía siempre en el vestido. Tenía una medalla a la obediencia, otra a la puntualidad y una tercera por su buena conducta. Eran unas medallas grandes, de metal, y tintineaban unas con otras al andar. Ningún otro niño de la ciudad en que vivía tenía tantas medallas, de modo que todo el mundo estaba enterado de que aquella debía ser una niña superbuenas.

—Horriblemente buena —acotó Cyril.

—Todo el mundo hablaba de su bondad, y el príncipe de aquel país oyó hablar del caso y dijo que puesto que era tan buena se le permitiría pasear una vez a la semana por su parque, que se hallaba en las afueras de la ciudad. Era un hermoso parque y jamás se le había permitido el acceso a niño alguno, de modo que era un gran honor para Bertha que le autorizasen a entrar.

—¿Había ovejas en el parque? —preguntó Cyril.

—No —dijo el joven—, no había ovejas.

—¿Y por qué no había ovejas? —surgió la inevitable pregunta derivada de aquella respuesta.

La tía se permitió una sonrisa que podría haber sido descrita como una mueca.

—En el parque no había ovejas porque —dijo el caballero— la madre del príncipe había soñado una vez que a su hijo le mataría o una oveja o un reloj que se le caería encima. Por esa razón, el príncipe no tenía ovejas en su parque ni relojes en su palacio.

La tía contuvo una boqueada de admiración.

—¿Y al príncipe le mató una oveja o un reloj? —inquirió Cyril.

—Aún vive, así que no podemos saber si el sueño se convertirá en realidad —dijo el

joven con despreocupación—; sea como fuere, en el parque no había ovejas pero había montones de cerditos correteando por todas partes.

—¿De qué color eran?

—Negros con la cabeza blanca, blancos con motas negras, totalmente negros, grises con manchas blancas y algunos eran blancos por completo.

El narrador hizo una pausa a fin de permitir que en la imaginación de los niños calara una idea global de los tesoros del parque; luego resumió:

—Bertha se puso bastante triste al descubrir que en el parque no había flores. Había prometido a sus tías, con lágrimas en los ojos, que no cortarían ninguna de las flores del gentil príncipe y se había propuesto cumplir su promesa, así que le hizo sentirse como una tonta al comprobar que no había flores que cortar.

—¿Y por qué no había flores?

—Porque los cerdos se las habían comido todas —replicó prontamente el joven—. Los jardineros le habían advertido al príncipe que no es posible tener cerdos y flores, así que aquél decidió tener cerdos y no flores.

Hubo un murmullo de aprobación ante la excelente decisión del príncipe; mucha gente habría optado por la otra posibilidad.

—En el parque había montones de muchas otras cosas deliciosas. Había estanques con peces dorados y azules y verdes, y árboles con bellísimos papagayos que decían espontáneamente frases agudas y colibríes que entonaban todas las melodías populares del momento. Bertha paseaba por doquiera y disfrutaba enormemente, y pensaba para sus adentros: “Si no fuera tan extraordinariamente buena no me habrían permitido entrar en este hermoso parque y gozar de todo cuanto en él se ve”, y sus medallas tintineaban unas con otras al caminar y le ayudaban a recordar lo buenísima que en verdad era. En aquel momento, un enorme lobo se colaba en el parque a ver si lograba atrapar un lechoncito bien gordo para la cena.

—¿De qué color era? —preguntaron los niños, en medio de un súbito arranque de interés.

—Todo él de color fango, con la lengua negra y unos ojos gris pálido que brillaban con inefable ferocidad. Lo primero que vio en el parque fue a Bertha; su delantal era tan inmaculadamente blanco e impoluto que se la distinguía desde una gran distancia. Bertha vio al lobo que se dirigía cautelosamente hacia ella y empezó a desear que jamás le hubieran franqueado la entrada al parque. Echó a correr con todas sus fuerzas y el lobo se lanzó tras ella dando grandes saltos y zancadas. La niña consiguió llegar a un espeso macizo de mirtos y se ocultó en lo más denso de los arbustos. El lobo se acercó olfateando entre la enramada, con su enorme lengua

negra colgándole fuera de la boca y los ojos gris pálido relampagueando de rabia. Bertha estaba terriblemente asustada y pensaba para sus adentros: “Si no hubiera sido tan extraordinariamente buena en estos momentos estaría felizmente a salvo en la ciudad”. No obstante, el aroma del mirto era tan fuerte que el lobo no podía oler nada donde Bertha estaba escondida y los arbustos eran tan espesos que podría haber estado rondando en torno a ellos muchísimo tiempo sin llegar a vislumbrarla, de modo que se pensó que sería mejor largarse y atrapar un cerdito en su lugar. Bertha temblaba una barbaridad teniendo al lobo olisqueando y husmeando tan cerca de ella y con el temblor la medalla de la obediencia tintineó contra las medallas a la buena conducta y a la puntualidad. El lobo se alejaba ya cuando oyó el sonido de las medallas tintineando y se detuvo a escuchar; las medallas tintinearón nuevamente en un arbusto muy cerca de él. Se abalanzó sobre la espesura con los ojos gris pálido relampagueando de ferocidad y triunfo, arrastró a Bertha fuera de allí y la devoró hasta el último bocado. Todo lo que quedó de ella fueron sus zapatos, algunos trozos de vestido y las tres medallas por ser buena.

—¿Resultó muerto algún cerdito?

—No, todos escaparon.

—El cuento empezó mal —dijo la más pequeña de las chiquillas—, pero tiene un final muy bonito.

—Es el cuento más bonito que he oído nunca —dijo la mayor de las niñas con inmensa decisión.

—Es el *único* cuento bonito que he oído jamás —dijo Cyril.

Una opinión disidente provino de la tía.

—¡Un cuento altamente impropio para contar a unos chiquillos! Ha minado usted el efecto de años de esmerada enseñanza.

—En cualquier caso —respondió el joven caballero recogiendo sus pertenencias y preparándose para abandonar el vagón—, les he mantenido callados durante diez minutos, que es más de lo que usted es capaz de hacer.

“¡Pobre mujer!”, pensó para sus adentros mientras caminaba por el andén de la estación de Templecombe; “¡por lo menos durante los próximos seis meses la van a asaltar en público con la solicitud de un cuento impropio!”.

El cuarto trastero

Los niños iban a ir, como especial deferencia, a la playa de Jagborough. Nicholas no sería de la partida; estaba castigado. Aquella misma mañana había rehusado tomarse su nutritiva leche con sopas con el fundamento, aparentemente frívolo, de que en ella había una rana. Personas mayores que él en edad, saber y gobierno le habían dicho que no era posible que hubiera una rana en su leche con sopas y que no debía decir disparates; no obstante, el niño persistió en proclamar aquello que tenía todas las trazas de ser un inmenso disparate y llegó a describir, incluso, con gran detalle la coloración y el moteado de la supuesta rana. El lado dramático del incidente estuvo en que había realmente una rana en el tazón de leche con sopas de Nicholas; la había puesto él mismo, de modo que se sentía legitimado para saberlo. El pecado de coger una rana del jardín y ponerla dentro de un nutritivo tazón de leche con sopas fue desmesuradamente magnificado, pero el hecho que más claramente destacaba en todo aquel asunto, tal y como se presentaba en la mente de Nicholas, era que las personas mayores en edad, saber y gobierno habían demostrado estar en el más ostensible error respecto a cuestiones acerca de las cuales habían exhibido la más absoluta seguridad.

—Decíais que no era posible que hubiera una rana en mi leche con sopas; *había* una rana en mi leche con sopas —repetía, con la insistencia de un hábil estratega que no tiene intención de retirarse de un terreno que le es propicio.

Así, pues, a su primo, a su prima y a su anodino hermanito iban a llevarles a la playa de Jagborough aquella tarde y él se quedaría en casa. La tía de sus primos, que insistía, mediante un injustificable esfuerzo de su imaginación, en intitularse también tía suya, había planeado rápidamente la excursión a Jagborough a fin de hacerle patente a Nicholas las delicias que se perdía con toda justicia a causa de su deplorable conducta durante el desayuno. Tenía por costumbre, siempre que era castigado alguno de los niños, improvisar algún acontecimiento de naturaleza festiva de la que el transgresor era excluido implacablemente; si todos los niños incurrían en pecado colectivo, eran informados inmediatamente de la presencia de un circo en alguna localidad de los alrededores, un circo de una excelencia sin rival e incontables elefantes al que, de no haber sido por su depravación, les habrían llevado aquel mismo día.

Al llegar el momento de la partida, el rostro de Nicholas fue escrutado en busca de algunas lágrimas decorosas. La realidad fue, sin embargo, que todo el llanto lo puso

su primita, que se desolló la rodilla dolorosamente contra el estribo del carruaje al encaramarse a él.

—Qué alaridos daba —dijo Nicholas regocijado, en el momento en que el grupo inició la marcha desprovisto de esa exaltación de los ánimos que debería haber estado presente.

—Se le pasará enseguida —dijo la *soi-disant* tía—; va a ser una tarde gloriosa para corretear por esa hermosísima playa. ¡Cómo van a disfrutar!

—Bobby no disfrutará mucho, ni va a correr mucho tampoco —dijo Nicholas con una torva risita—; las botas le hacen daño. Le aprietan demasiado.

—¿Por qué no me dijo que le hacían daño? —preguntó la tía con una cierta aspereza.

—Te lo dije dos veces, pero tú no le escuchabas. Ocurre con frecuencia que no nos escuchas cuando te decimos algo importante.

—Te abstendrás de entrar en el huerto de las grosellas —dijo la tía cambiando de tema.

—¿Por qué? —preguntó Nicholas.

—Porque estás castigado —dijo pomposamente la tía.

Nicholas no acababa de admitir que el argumento fuera concluyente; se sentía perfectamente capaz de estar al mismo tiempo castigado y en el huerto de las grosellas. Su rostro adoptó una expresión de ingente contumacia. Para la tía quedó claro que el niño estaba decidido a entrar en el huerto de las grosellas “sólo”, tal como se decía para sus adentros, “porque le he dicho que no entre”.

El huerto de las grosellas tenía dos puertas de acceso y quienquiera que se hubiera deslizado dentro y fuera de reducido tamaño, como era Nicholas, podía desaparecer fácilmente de la vista entre las embozadoras plantaciones de alcachofas, los varaes de frambuesas y otros arbustos frutales. La tía tenía muchas otras cosas que hacer aquella tarde pero dedicó una o dos horas a realizar triviales operaciones de jardinería entre los macizos y planteles de flores, desde donde tenía a la vista las dos puertas que conducían al paraíso prohibido. Era una mujer de escasas ideas pero de una gran capacidad de concentración.

Nicholas hizo una o dos salidas al jardín delantero siguiendo una sinuosa trayectoria, con obvio recato de sus intenciones, en dirección hacia una u otra de las puertas, pero incapaz por el momento de burlar la vigilancia de la tía. En realidad, no tenía la menor intención de entrar en el huerto de las grosellas pero era extremadamente conveniente para él que su tía creyera que la tenía; dicha creencia la mantendría en su autoimpuesta tarea de centinela durante la mayor parte de la tarde. Tras confirmar y fortalecer plenamente las sospechas de la tía, Nicholas regresó solapadamente a la

casa y puso en práctica inmediatamente un plan de acción que había germinado largamente en su cabeza. En la biblioteca, encaramándose a una silla, era posible alcanzar una repisa en la que se encontraba una gran llave de relevante aspecto. La llave era todo lo relevante que su aspecto delataba; era el instrumento que ponía a salvo de incursiones no autorizadas los misterios del cuarto trastero, franqueando el paso a las tías y a otras personas igualmente privilegiadas. Nicholas no tenía mucha experiencia en el arte de encajar las llaves en las cerraduras y hacerlas girar pero en los días precedentes había practicado un poco con la llave de la puerta del cuarto de estudio; no era amigo de confiar en la suerte y el azar. La llave giró con dificultad en la cerradura, pero giró. La puerta se abrió y Nicholas se halló en un territorio desconocido, comparado con el cual el huerto de las grosellas era un deleite rancio, un mero placer material.

Nicholas había imaginado una y otra vez cómo sería el cuarto trastero, aquella región tan cuidadosamente precintada para los ojos juveniles y respecto a la cual las preguntas no obtenían respuesta. Aquello estaba a la altura de sus expectativas. En primer lugar era amplio y estaba tenuemente iluminado, ya que la única fuente de luz la proporcionaba una alta ventana que daba sobre el jardín prohibido. En segundo lugar, era un cúmulo de tesoros inimaginados. La autoproclamada tía era una de esas personas que piensan que las cosas se desgastan con el uso y las relegan al polvo y la humedad como forma de preservarlas. Las zonas de la casa que Nicholas conocía mejor eran un tanto desoladas y tristonas pero aquí había cosas maravillosas para deleite de la vista. Ante todo y lo primero, había un tapiz enmarcado que evidentemente aspiraba a ser una mampara. Para Nicholas era una historia viva, palpitante; se sentó sobre un hato de cortinas indias, esplendentes de colores maravillosos bajo una capa de polvo, y se absorbió en cada detalle de las imágenes del tapiz. Un hombre, ataviado con ropas de caza de algún remoto pasado, acababa de atravesar a un ciervo con una flecha; no debía haber sido un tiro muy difícil porque el ciervo estaba a sólo uno o dos pasos de él; en medio de la espesa vegetación que sugería el dibujo no debía haber sido difícil acercarse a un ciervo que corre y era evidente que los dos perros moteados que se unían impetuosamente a la persecución habían sido entrenados para seguir la pista hasta el momento de disparar el dardo. Aquella parte de la imagen era manifiesta aunque interesante, pero, ¿veía el cazador, como los veía Nicholas, a aquellos cuatro lobos que, por el bosque, se abalanzaban hacia él a toda carrera? Debía haber más que aquellos cuatro ocultos entre los árboles y, en cualquier caso, ¿serían capaces el hombre y sus perros de habérselas con los cuatro lobos si le atacaban? Al hombre sólo le quedaban dos

flechas en su aljaba y podía errar el tiro con una de ellas o con ambas; todo cuanto era posible saber acerca de su habilidad como tirador era que le había dado a un ciervo enorme a una distancia ridículamente corta. Nicholas permaneció sentado durante largos y extáticos minutos barajando las posibilidades de la escena; sentíase inclinado a pensar que había más de cuatro lobos y que el hombre y sus perros se hallaban en un aprieto.

Pero había otros objetos deliciosos e interesantes que reclamaban su atención: unos singulares candelabros retorcidos en forma de serpiente y una tetera que remedaba un pato de porcelana, por cuyo pico abierto era presumible que brotara el té. ¡Qué deslucida y disforme parecía, en comparación, la tetera con que le servían a él! Y había una caja de madera de sándalo tallada, envuelta ceñidamente con aromático algodón crudo, y entre las capas de algodón había pequeñas figuritas de latón, toros gibosos, pavos reales y duendes, todos ellos gratos a la vista y al tacto. Menos prometedora en apariencia era una gran caja cuadrada de lisas tapas negras. Nicholas echó un vistazo y hete aquí que estaba llena de polícromos grabados de aves. ¡Y qué aves! En el jardín y en los senderos por los que Nicholas solía pasear se había encontrado con algunos pájaros, entre los cuales los más grandes eran alguna ocasional urraca o una paloma torcaz; aquí había garzas y avutardas, milanos, tucanes, alcaravanes, urogallos, íbises, faisanes dorados, una completa galería de retratos de criaturas inimaginables. Y mientras admiraba el colorido del pato mandarín y le imputaba una biografía, la voz de su tía, vociferando su nombre de modo estridente, le llegó desde los confines del huerto de las grosellas. La sospecha se había ido abriendo paso en la mujer ante tan prolongada desaparición y había llegado a la conclusión de que el niño había saltado la valla al amparo del seto de lilos; en aquellos momentos hallábase empeñada en una búsqueda impetuosa y un tanto desesperanzada entre las alcachofas y los varales de frambuesas.

—¡Nicholas, Nicholas! —gritaba—. Debes salir de ahí al instante. Es inútil que te escondas ahí, puedo verte cuando quiera.

Probablemente era la primera vez en veinte años que alguien sonreía en aquel cuarto trastero.

Al poco, las irritadas reiteraciones del nombre de Nicholas dejaron paso a un alarido y a una estentórea llamada para que alguien acudiera inmediatamente. Nicholas cerró el libro y sacudió sobre él parte del polvo de una pila de periódicos próxima y lo repuso en su lugar. Luego salió de la habitación, echó la llave a la puerta y volvió a colocarla exactamente donde la había encontrado. La tía estaba aún pronunciando a gritos su nombre cuando el niño apareció displicentemente en el jardín delantero.

—¿Quién llama? —preguntó.

—Yo —le llegó la respuesta desde el otro lado del muro—. ¿No me oías? Estaba buscándote en el huerto de las grosellas y me he caído en el depósito del agua de lluvia. Afortunadamente no tiene agua, pero las paredes están resbaladizas y no puedo salir. Trae la escalera que está debajo del cerezo...

—Me han dicho que no entre en el huerto de las grosellas —replicó Nicholas rápidamente.

—Fui yo quien te dije que no entraras y ahora te digo que puedes entrar —le llegó la voz desde el depósito de agua de lluvia, un tanto impaciente.

—Tu voz no suena como la de la tía —objetó Nicholas—; tú debes ser el Maligno, tentándome para que sea desobediente. La tía me dice a menudo que el Maligno me tienta y que yo siempre caigo. Esta vez no voy a caer.

—No digas tonterías —respondió la prisionera del depósito—; ve y trae la escalera.

—¿Habrá mermelada de fresas para el té? —preguntó Nicholas inocentemente.

—Por supuesto que la habrá —dijo la tía, decidiendo para sus adentros que Nicholas ni la probaría.

—Ahora sé que eres el Maligno y no mi tía —exclamó Nicholas jubilosamente—. Cuando le pedimos ayer a la tía mermelada de fresas dijo que no había. Yo sé que hay cuatro tarros en la despensa porque los he visto y por supuesto tú sabes que están allí, pero ella *no lo sabe*, porque dijo que no había ninguno. ¡Ah, Demonio, te has delatado tú solo!

Había una insólita fruición en poder hablar a una tía como si se estuviera hablando con el Maligno pero Nicholas sabía, con su infantil discernimiento, que tales fruiciones no iban a ser perdonadas. Se alejó de allí ruidosamente y fue una doncella que iba en busca de perejil quien, por pura casualidad, rescató a la tía del depósito de agua de lluvia.

Aquel atardecer el té se tomó en medio de un ominoso silencio. Al llegar los niños a la playa de Jagborough la marea había subido a su máximo nivel, de modo que no había habido arena sobre la que jugar, una circunstancia que la tía no había contemplado en su precipitación por organizar la expedición punitiva.

La estrechez de las botas de Bobby había causado sus desastrosos efectos sobre el ánimo del niño durante toda la tarde y en conjunto no podía decirse que los chiquillos hubieran disfrutado gran cosa. La tía observaba el gélido mutismo de quien ha sufrido una indigna e inmerecida detención de treinta y cinco minutos dentro de un depósito de agua de lluvia. En cuanto a Nicholas, también él estaba silencioso, absorto, como quien tiene muchas cosas en qué pensar; era posible,

consideraba, que el cazador lograra escapar junto con sus sabuesos mientras los lobos se daban un festín a costa del ciervo abatido.

Gabriel-Ernest

—En sus bosques hay un animal salvaje —dijo Cunningham, el artista, mientras le llevaban a la estación. Fue esta la única observación que había hecho durante el trayecto; pero su silencio había pasado inadvertido, toda vez que Van Cheele había hablado incesantemente.

—Uno o dos zorros vagabundos y alguna comadreja afincada. Nada extraordinario —replicó Van Cheele. El artista nada dijo.

—¿Qué quiso usted decir con lo de animal salvaje? —dijo más tarde Van Cheele, ya en el andén.

—Nada. Imaginaciones mías. Ya está aquí el tren —respondió Cunningham.

Aquella tarde Van Cheele emprendió una de sus frecuentes caminatas por los bosques de su propiedad. En su estudio tenía un alcaraván disecado y conocía los nombres de buen número de flores silvestres, por lo que tal vez estaba justificado que su tía le describiera como un gran naturalista. En cualquier caso, era un gran andarín. Tenía por costumbre tomar mentalmente nota de cuanto veía durante sus paseos, no tanto por el propósito de contribuir a la ciencia contemporánea como para procurarse ulteriores temas de conversación. Cuando las campanillas azules empezaban a florecer tenía por norma informar del hecho a todo el mundo; tal vez la estación del año ya había puesto en guardia a sus oyentes acerca de la verosimilitud de tal acontecimiento, pero, en definitiva, aquéllos sentían que había sido absolutamente sincero con ellos.

Lo que contempló Van Cheele en aquella precisa tarde fue, sin embargo, algo muy alejado del marco habitual de sus experiencias. Sobre un rellano de piedra lisa que sobresalía por encima de una profunda alberca existente en medio de un bosquecillo de robles hallábase tendido, secando al sol voluptuosamente sus atezados miembros, un muchacho de unos dieciséis años. Su cabellera mojada, partida en dos por una reciente zambullida, se desparramaba alrededor de la cabeza, y sus ojos castaño claro, tan claros que había en ellos un destello casi atigrado, se volvieron hacia Van Cheele observándole con cierta displicencia.

Era una aparición inesperada y Van Cheele se halló inmerso en el insólito proceso de pensar antes de hablar. ¿De qué lugar de la tierra provendría aquel muchacho de aspecto asilvestrado? La mujer del molinero había perdido un niño hacía dos meses y se daba por supuesto que se lo había tragado el canal del molino, pero no era más que un bebé, no un mozalbete ya crecido.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Tomar el sol, obviamente —respondió el joven.

—¿Dónde vives?

—Aquí, en estos bosques.

—No puedes vivir en estos bosques —dijo Van Cheele.

—Son unos bosques muy agradables —replicó el muchacho con un tono auspicioso en la voz.

—Pero, ¿dónde duermes por la noche?

—No duermo de noche; es cuando más ocupado estoy.

Van Cheele empezó a tener el mortificante sentimiento de que estaba enzarzándose con un problema que le rehuía.

—¿De qué te alimentas? —inquirió.

—De carne —dijo el muchacho, y pronunció la palabra con una lenta fruición, como si la estuviera degustando.

—¿Carne? ¿Qué clase de carne?

—Puesto que le interesa, de conejo, aves silvestres, liebres, aves de corral, corderos cuando es época, niños cuando consigo alguno; normalmente están bien guardados en casa por la noche, que es cuando cazo mayormente. Ya hace sus buenos dos meses que no he probado carne de niño.

Haciendo caso omiso del carácter humorístico de la última observación, Van Cheele trató de llevar al joven hacia el tema de la posible caza furtiva.

—Hablas muy a la ligera al decir que comes liebres. Las liebres de nuestros montes no se dejan atrapar fácilmente.

—Por la noche cazo a cuatro patas —fue la respuesta un tanto críptica.

—¿Debo entenderlo como una insinuación de que cazas con perro? —aventuró Van Cheele.

El muchacho se volvió lentamente hasta quedar tumbado de espaldas y emitió una risita queda y lúgubre que sonó con el timbre delicioso de un cloqueo y la desagradable resonancia de un gruñido.

—No creo que ningún perro se mostrara muy ávido de mi compañía, especialmente de noche.

Van Cheele empezó a sentir que verdaderamente había algo misterioso en aquel adolescente de ojos y lenguaje insólitos.

—No puedo consentir que permanezcas en estos bosques —declaró en tono autoritario.

—Me parece que preferiría usted tenerme aquí que no en su casa —replicó el joven.

La perspectiva de este animal salvaje y desnudo en su casa primorosamente ordenada era ciertamente alarmante.

—Si no te vas yo te obligaré a hacerlo —dijo Van Cheele.

El muchacho se volvió como un relámpago, se zambulló en la alberca y en un instante impulsó su cuerpo húmedo y reluciente hasta medio camino de la orilla en que se encontraba Van Cheele. En una nutria el movimiento no hubiera resultado destacable; en un muchacho, Van Cheele lo halló un tanto sobrecogedor. Le resbaló el pie al hacer un ademán de retroceso y sé encontró casi tendido sobre la escurridiza ribera cubierta de hierba con aquellos atigrados ojos amarillentos no muy distantes de él. Casi instintivamente levantó el brazo a medias hacia la garganta. El muchacho volvió a reírse, con una risa en la que el gruñido casi había hecho desaparecer el cloqueo y luego, con uno de aquellos movimientos asombrosamente fulgurantes, se precipitó fuera de su vista a través de la dúctil espesura de maleza y helechos.

—¡Qué animal tan extraordinariamente salvaje! —exclamó Van Cheele mientras se enderezaba. Y recordó entonces la observación de Cunningham: “En sus bosques hay un animal salvaje”.

Caminando lentamente hacia la casa, Van Cheele empezó a dar vueltas en su cabeza a diversos acontecimientos locales que podían dar alguna pista de la existencia de este pasmoso muchacho asilvestrado.

Algo había estado esquilmando la caza de los bosques en los últimos tiempos, se habían echado en falta aves en los corrales, las liebres habían empezado a hacerse sorprendentemente escasas y le habían llegado quejas de que algunos corderos habían sido materialmente arrebatados de las colinas. ¿Sería posible que este muchacho salvaje estuviera cazando realmente por aquellas tierras en compañía de algún artero perro ladrón? Había hablado de “cazar a cuatro patas” por la noche pero luego, también había insinuado que ningún perro se avendría a su compañía, “especialmente de noche”. Verdaderamente, era desconcertante. Luego, mientras Van Cheele recorría mentalmente las diversas depredaciones que se habían cometido durante el último o los dos últimos meses, se detuvo bruscamente en seco, tanto en su paseo como en sus especulaciones. El niño que faltaba en el molino desde dos meses atrás... se había aceptado la teoría de que había caído al canal del molino y había sido arrastrado; pero la madre mantuvo siempre que había oído un grito procedente de la parte trasera de la casa, en dirección opuesta al agua. Era impensable, desde luego, pero hubiera preferido que el muchacho no hubiese hecho aquella insólita observación acerca de la carne de niño que había comido hacía dos meses. Esas cosas tan pavorosas no deben decirse ni en broma.

Van Cheele, contrariamente a su costumbre habitual, no se sentía proclive a mostrarse muy comunicativo acerca del descubrimiento que había hecho en el bosque. Su posición de concejal de la parroquia y juez de paz se vería un tanto comprometida por el hecho de albergar en sus propiedades a un sujeto de tan dudosa reputación; existía incluso la posibilidad de que le presentaran a su puerta una elevada factura por los corderos y las gallinas desaparecidos. Aquella noche, durante la cena, estuvo inusualmente silencioso.

—¿Qué ha sido de tu lengua? —Le dijo su tía—. Cualquiera diría que has visto un lobo.

Van Cheele, que no estaba familiarizado con este viejo dicho, halló esta observación un tanto desatinada; si *hubiera* visto un lobo en sus propiedades su lengua habría estado extraordinariamente activa con el asunto.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Van Cheele era consciente de que el sentimiento de desasosiego que le había suscitado el episodio del día anterior no había desaparecido totalmente y resolvió trasladarse en tren hasta la vecina ciudad episcopal, buscar a Cunningham y oír de sus propios labios lo que había visto y propiciado su observación acerca de un animal salvaje en sus bosques. Una vez tomada esta resolución, recuperó parcialmente su jovialidad y se puso a tararear por lo bajo una melodía alegre y ligera al encaminarse con despreocupación hacia el gabinete donde todas las mañanas fumaba su consabido cigarrillo. Al entrar en la estancia la melodía dejó paso abruptamente a una invocación piadosa. Grácilmente tendido sobre la otomana, en una postura de casi desmedida lasitud, se hallaba el joven de los bosques. Estaba más seco que la última vez que le viera Van Cheele pero por lo demás no se apreciaba ninguna otra variación en su atavío.

—¿Cómo te atreves a venir aquí? —preguntó furiosamente Van Cheele.

—Usted me dijo que no podía quedarme en el bosque —replicó calmosamente el muchacho.

—Pero no que vinieras aquí. ¡Si te viera mi tía!

Y a fin de aminorar aquella catástrofe, Van Cheele, con toda premura, ocultó cuanto pudo de su nada bienvenido huésped bajo los pliegues del *Morning Post*. En ese momento entró su tía en la habitación.

—Éste es un pobre muchacho que ha extraviado el camino... y ha perdido la memoria. No sabe quién es ni de dónde viene... —explicó desesperadamente Van Cheele, dirigiendo aprensivas miradas al rostro de aquel indigente por ver si iba a añadir algún inoportuno candor a sus otras inclinaciones primitivas.

La señorita Van Cheele experimentó un vivo interés.

—Tal vez su ropa interior esté marcada —sugirió.

—Parece ser que la ha perdido en su mayor parte —dijo Van Cheele dando frenéticos manotazos al *Morning Post* para colocarlo en su sitio.

Un niño desnudo y sin hogar conmovía a la señorita Van Cheele tan cálidamente como un gatito extraviado o un perrillo desamparado.

—Debemos hacer por él cuanto sea posible —decidió, y al poco un mensajero, despachado a la rectoría, donde tenían un mozo joven, estaba de vuelta con un traje de criado y los imprescindibles complementos de camisa, zapatos, cuello, etc. Vestido, lavado y peinado, a los ojos de Van Cheele el muchacho no quedaba despojado de ninguno de los motivos de recelo pero su tía lo encontraba encantador.

—Tenemos que llamarle de algún modo hasta que sepamos quién es realmente —dijo—. Creo que Gabriel-Ernest son dos nombres agradables y apropiados.

Van Cheele se avino a ello pero íntimamente tenía sus dudas acerca de si se los aplicaba a un joven agradable y apropiado. Sus celos no se vieron aminorados por el hecho de que su juicioso y anciano *spaniel* saliera de estampida de la casa nada más llegar el muchacho y estuviera ahora temblando y ladrando desesperadamente en la otra punta del parque, mientras el canario, vocalmente tan laborioso por lo común como el propio Van Cheele, se limitara a emitir unos pocos y aterrorizados chillidos. Más que nunca estaba resuelto a consultar con Cunningham sin pérdida de tiempo.

En tanto se encaminaba a la estación su tía estaba disponiendo que Gabriel-Ernest debía ayudarla a entretener a los miembros infantiles de su escuela dominical mientras tomaban el té aquella tarde.

Cunningham al principio no se mostró muy dispuesto a ser comunicativo.

—Mi madre murió de una dolencia mental —explicó—; así, pues, comprenderá por qué soy remiso a sostener cualquier cosa de naturaleza inverosímilmente fantástica que haya podido ver o creer que he visto.

—Pero, ¿qué fue lo que vio usted? —insistió Van Cheele.

—Lo que creí ver fue algo tan extraordinario que ningún hombre en su sano juicio puede honrarlo con la confianza de que haya sucedido realmente. La última tarde que estuve con usted hallábame medio oculto entre la masa de arbustos que hay junto a la puerta del parque contemplando el desfalleciente atardecer cuando súbitamente tuve la visión de un muchacho desnudo, a quien tomé por un bañista de la cercana alberca, que se destacaba sobre la ladera pelada y contemplaba también la puesta de sol. Su postura resultaba hasta tal punto evocadora de algún fauno selvático de los mitos paganos que inmediatamente pensé en agenciármelo como

modelo y un instante después pensé que debía saludarle. Pero justamente en aquel momento el sol se hundió lejos de nuestra vista y el naranja y el rosado se desvanecieron del paisaje, dejándolo todo frío y gris. En ese mismo instante ocurrió algo asombroso... ¡el muchacho también se desvaneció!

—¡Cómo! ¡Desvanecido en la nada! —preguntó Van Cheele con excitación.

—No; ésta es la parte más pavorosa de todo —respondió el artista—. Sobre la pelada ladera donde había estado el muchacho un momento antes había un enorme lobo, de color negruzco, colmillos relucientes y ojos amarillos y crueles. Puede usted suponer...

Pero Van Cheele no se detuvo para algo tan fútil como suponer. Dirigiase ya a toda velocidad hacia la estación. Rechazó la idea de un telegrama. “Gabriel-Ernest es un hombre lobo” era un intento desesperadamente inadecuado de plantear su situación y su tía pensaría que era una especie de mensaje cifrado de que se le había olvidado entregarle la llave. Su única esperanza era llegar a casa antes del ocaso. El coche que tomó al término de su viaje en tren le trasladó con lo que se le antojó una desesperante lentitud por los caminos rurales, que aparecían rosa y malva con el rubor del sol poniente. Su tía estaba recogiendo algunos restos de mermelada y pasteles cuando llegó.

—¿Dónde está Gabriel-Ernest? —vociferó casi.

—Ha ido a llevar a su casa al pequeño de los Toop —dijo su tía—. Se estaba haciendo tan tarde que no me pareció seguro dejarle que volviera solo. Qué hermoso atardecer, ¿verdad?

Pero Van Cheele, pese a no ser indiferente al fulgor del cielo por occidente, no se detuvo a discutir su belleza. A una velocidad para la cual apenas si estaba dotado echó a correr por el angosto sendero que conducía a la casa de los Toop. A un lado discurría la corriente del canal del molino y al otro se extendía la desnuda ladera. Un mortecino cerco de sol rojizo veíase aún en el horizonte y la próxima curva debería ponerle al alcance de la vista a la mal avenida pareja que andaba persiguiendo. Luego, súbitamente el color se escapó de las cosas y una luz grisácea se instaló con un súbito estremecimiento sobre el paisaje. Van Cheele oyó un agudo gemido de terror y cesó en su carrera.

Nunca más volvió a saberse del pequeño Toop ni de Gabriel-Ernest pero las ropas abandonadas por éste fueron halladas en el camino, lo que indujo a dar por sentado que el niño había caído al agua y el joven se había desnudado y se había arrojado tras él en un vano esfuerzo por salvarle. Van Cheele y algunos peones que se hallaban en aquel momento en las cercanías atestiguaron haber oído un agudo gemido infantil

procedente de las proximidades del lugar en que se hallaron las ropas. La señora Toop, que tenía otros once hijos, se resignó decorosamente a tan sensible pérdida pero la señorita Van Cheele lloró sinceramente a su malogrado expósito. Por iniciativa suya se colocó en la iglesia parroquial una placa de latón a la memoria de “Gabriel-Ernest, un muchacho desconocido que valientemente sacrificó su vida por otro”.

Van Cheele hacía concesiones a su tía en casi todo pero rehusó de plano contribuir a la placa conmemorativa de Gabriel-Ernest.

Tobermory

Era una tarde gélida y lluviosa de fines de agosto, esa estación incierta en que las perdices se hallan aún a salvo o conservadas en la nevera y en que no se encuentra caza alguna, a menos que se confine por el norte con el Canal de Bristol, en cuyo caso se puede galopar legalmente tras unos rollizos venados. La fiesta de Lady Blemley no confinaba al norte con el Canal de Bristol, por lo que aquella precisa tarde todos sus huéspedes se hallaban congregados en torno a la mesa del té. Y, pese a lo incierto de la estación y lo trivial de la ocasión, no había entre la concurrencia la menor traza de esa cansina desazón que conlleva el pavor a la pianola y un resignado anhelo de *bridge* subastado. La nada disimulada y boquiabierta atención de todos los circunstantes estaba pendiente de la personalidad meramente negativa del señor Cornelius Appin. De todos los invitados de Lady Blemley era el que ostentaba la reputación más difusa. Alguien había dicho que era “eficiente” y ello le había valido una invitación, con la moderada expectativa, por parte de su anfitriona, de que al menos cierta dosis de eficiencia contribuiría al general solaz. Hasta la hora del té de aquel mismo día Lady Blemley había sido incapaz de descubrir por qué derroteros, si es que los había, discurría su eficiencia. No era ingenioso, ni campeón de *croquet*, ni tenía poderes hipnóticos ni era organizador de representaciones teatrales de aficionados. Tampoco su aspecto externo sugería el tipo de hombre al que las mujeres están dispuestas a perdonar una generosa cuota de deficiencia mental. Hallábase, pues, reducido a ser un escueto señor Appin y el Cornelius parecía una muestra de diáfana jactancia bautismal. Y en aquel momento reivindicaba el haber aportado al mundo un descubrimiento al lado del cual la invención de la pólvora, de la imprenta y de la locomotora a vapor no eran sino desdeñables bagatelas. La ciencia había estado dando pasos inciertos en múltiples direcciones durante las últimas décadas pero aquello parecía más bien pertenecer al dominio de los milagros que al de los descubrimientos científicos.

—¿Y realmente quiere usted que creamos —estaba diciendo Sir Wilfried— que ha descubierto usted un método para instruir a los animales en el arte del lenguaje humano y que el viejo y querido Tobermory ha resultado ser su primer éxito como pupilo?

—Es una cuestión en la que he estado trabajando durante los últimos diecisiete años —dijo el señor Appin—, pero solamente en los postreros ocho o nueve meses me he visto recompensado con visos de éxito. Por supuesto, he experimentado con miles de

animales, pero últimamente sólo con gatos, esas maravillosas criaturas que se han adaptado tan prodigiosamente a nuestra civilización conservando al mismo tiempo todos sus instintos salvajes altamente desarrollados. Entre los gatos, uno se mueve siempre en el seno de un intelecto superior del mismo modo que se mueve uno en el gatuperio de los seres humanos, y cuando conocí a Tobermory hace una semana, comprendí al instante que me hallaba en presencia de un supergato de extraordinaria inteligencia. Ya había yo recorrido gran parte del camino hacia el éxito en recientes experimentos; con Tobermory, como le llaman ustedes, he llegado a la meta.

El señor Appin concluyó su enfática afirmación con una voz en la que se esforzó por suprimir toda inflexión triunfante. Nadie articuló “¡Y un rábano!”, aunque los labios de Clodoveo se movieron en una silábica contorsión que probablemente invocaba a esas crucíferas con incredulidad.

—¿Quiere usted decir —preguntó la señorita Resker tras una breve pausa— que ha enseñado a Tobermory a decir y a comprender expresiones sencillas de una sola sílaba?

—Mi querida señorita Resker —dijo pacientemente el taumaturgo—, se enseña de esa forma fragmentaria a los niños pequeños, a los salvajes y a los adultos retrasados; una vez que se resuelve el problema de la iniciación con un animal de inteligencia altamente desarrollada ya no son necesarios esos métodos para ir al tran-tran. Tobermory puede utilizar nuestro lenguaje con absoluta corrección.

Esta vez Clodoveo dijo bien distintamente: “¡Mil rábanos!”. Sir Wilfried era más educado pero igualmente escéptico.

—¿No sería mejor traer al gato y que juzgáramos por nosotros mismos? —sugirió Lady Blemlay.

Sir Wilfried fue en busca del animal y todos los presentes se hundieron en la lánguida expectación de ir a asistir a un ventriloquismo de salón más o menos habilidoso.

Sir Wilfried reingresó en la estancia un minuto después con el rostro blanco debajo de su bronceado y con los ojos dilatados de excitación.

—¡Rediéz, es cierto!

Su agitación era inequívocamente genuina y sus oyentes tuvieron un movimiento prominente de avivado interés.

Desplomándose sobre un sillón, prosiguió sin aliento:

—Me lo encontré dormitando en la salita de fumar y le llamé para que fuera a tomar el té. Guiñó los ojos con su gesto habitual y yo le dije “Vamos, Toby; no nos hagas esperar”, y, ¡rediéz!, pronunció claramente con la voz más espantosamente natural

que vendría cuando le diera la gana. ¡Casi me quedo de piedra!

Appin había estado predicando a un auditorio absolutamente incrédulo; las aseveraciones de Sir Wilfried provocaron una conversión instantánea. Se levantó un babélico coro de horrisonas exclamaciones, en medio del cual el científico permaneció mudo, paladeando el primer fruto de su extraordinario hallazgo.

En mitad del clamor Tobermory hizo su aparición en la sala y con aterciopelados pasos y estudiada indiferencia se deslizó por en medio del grupo, que estaba sentado en torno a la mesa del té.

Un súbito silencio de lasitud y aprensión se abatió sobre los circunstantes. Había algo así como un cierto elemento de turbación en dirigirse en un plano de igualdad a un gato de reconocida habilidad vocal.

—¿Quieres un poco de leche, Tobermory? —preguntó Lady Blemley con un tono de voz un tanto forzado.

—Me da igual —fue la respuesta, deslizada en un tono de suave indiferencia. Un temblor de sofocada excitación se difundió entre los oyentes y hubo que excusar a Lady Blemley por rellenar el platillo de leche con mano un tanto insegura.

—Me temo que he derramado bastante —dijo en tono de disculpa.

—Después de todo, la Axminster^[3] no es mía —fue la réplica de Tobermory.

Un nuevo silencio se abatió sobre el grupo, al cabo del cual la señorita Resker, con sus mejores modales de visitadora de distrito, preguntó si le había resultado difícil aprender el lenguaje humano. Tobermory la miró francamente por unos instantes y luego fijó serenamente su mirada en un punto lejano. Era evidente que esas enojosas preguntas quedaban fuera de su esquema de vida.

—¿Qué piensas de la inteligencia humana? —inquirió Mavis Pellington tenuemente.

—¿De la inteligencia de quién en particular? —preguntó Tobermory con frialdad.

—Oh, bueno, de la mía, por ejemplo —dijo Mavis con una tímida risita.

—Me coloca usted en una situación embarazosa —dijo Tobermory, cuyos tono y actitud no sugerían, por cierto, el menor atisbo de embarazo—. Cuando se insinuó que fuera usted invitada a esta fiesta, Sir Wilfried arguyó que era usted la mujer más mentecata de todo el círculo de sus conocidos y que existía una clara diferencia entre la hospitalidad y la atención a los débiles mentales. Lady Blemley replicó que la falta de capacidad mental de usted era justamente la cualidad que le valía la invitación, puesto que usted era la única persona que se le ocurría lo suficientemente idiota como para comprarles el coche viejo. Ya sabe usted, aquel al que llaman *La envidia de Sísifo* porque va tan ricamente cuesta arriba, si se le empuja.

Las protestas de Lady Blemley habrían quizá surtido algún efecto si aquella misma

mañana no hubiera sugerido casualmente que el coche en cuestión era exactamente lo que Mavis necesitaba para su casa de Devonshire.

El mayor Barfield se adelantó impetuosamente en una maniobra de diversión.

—¿Qué tal van tus retozos con la gatita de lunares por los establos, eh?

Todos advirtieron el desatino en el mismo instante en que las palabras fueron pronunciadas.

—Esas cosas, normalmente, no se discuten en público —dijo Tobermory glacialmente—. Una somera observación de su comportamiento desde que está usted en esta casa me induce a pensar que encontraría usted inconveniente el que yo hiciera derivar la conversación hacia sus asuntos.

El pánico que sobrevino no fue exclusivo del mayor.

—¿Querías ir a ver si la cocinera tiene ya lista tu cena? —sugirió apresuradamente Lady Blemley, afectando ignorar el hecho de que aún faltaban por lo menos dos horas para la cena de Tobermory.

—Gracias —dijo Tobermory—, aún está demasiado cercano el té. No quiero morir de indigestión.

—Los gatos tienen nueve vidas, ya sabes —dijo Sir Wilfried cordialmente.

—Tal vez —replicó Tobermory—, pero sólo un hígado.

—¡Adelaida! —dijo la señora Cornett—. ¿Estás tratando de animar al gato a que se vaya y cotillee sobre nosotros en la sala de la servidumbre?

La verdad es que el pánico se había hecho general. Una estrecha balaustrada ornamental discurría por delante de las ventanas de los dormitorios en las Torres y se recordó con desaliento que aquélla había constituido el paseo favorito de Tobermory y por consiguiente había podido observar a las palomas y sabe Dios qué otras cosas además. Si se propusiera hacer memoria, en su actual condición de hablador, el resultado podía ser algo más que desconcertante. La señora Cornett, que pasaba mucho tiempo delante de su tocador y cuyo carácter era acreditado por ser de índole errático aunque puntilloso, parecía tan desazonada como el mayor. La señorita Scrawen, que escribía una poesía ferozmente tierna y llevaba una vida sin tacha, hacía gala simplemente de su irritación; el que es metódico y virtuoso en privado no aspira necesariamente a que todo el mundo se entere. Bertie van Tahn, que a los diecisiete años era ya tan depravado que había desistido de ser peor, se transformó en una desvaída sombra de un blanco gardenia, pero no cometió el error de salir precipitadamente de la pieza, como Odo Finsberry, un joven caballero del que se sabía que estaba estudiando para clérigo y que posiblemente se había sentido turbado ante la idea de los escándalos ajenos que podía oír. Clodoveo tuvo la

presencia de ánimo para mantener un exterior sereno; para su coleteo, calculaba cuánto tiempo llevaría el procurarse una caja de ratones de fantasía a través de la agencia *Intercambio y Comercio*, a modo de pago por su silencio.

Incluso en una situación delicada como la presente, Agnes Resker no podía soportar el permanecer tanto tiempo en segundo plano.

—¿Por qué habré venido aquí jamás? —preguntó dramáticamente.

Tobermory aprovechó la oportunidad inmediatamente.

—A juzgar por lo que le dijo usted ayer a la señora Cornett en el campo de *croquet*, estaba usted aquí por la comida. Describió usted a los Blemley como las personas más lerdas que conoce, pero dijo también que eran lo suficientemente avisados como para tener una cocinera de primera fila; de otro modo, se encontrarían con dificultades para conseguir que alguien viniera por segunda vez.

—¡No hay en todo eso ni una sola palabra de verdad! Apelo a la señora Cornett... —exclamó Agnes confundida.

—La señora Cornett le repitió después la observación de usted a Bertie van Tahn —prosiguió Tobermory—, y añadió: “Esa mujer es una Peregrina del Hambre habitual; iría a cualquier lugar por cuatro comidas al día”, y Bertie van Tahn dijo...

Al llegar a este punto la crónica, misericordiosamente, cesó. Tobermory había tenido la visión fugaz del gatazo amarillo de la rectoría encaminándose por en medio de la maleza hacia un costado del establo. En un instante se esfumó por la puerta del jardín.

Con la desaparición de su, en exceso, brillante pupilo, Cornelius Appin se vio acosado por un torbellino de agrias reconvenciones, ávidos interrogantes y espantadas súplicas. Toda la responsabilidad de la situación era suya y debía impedir que las cosas fueran a más. ¿Podría transmitir Tobermory su habilidad a otros gatos?, fue la primera pregunta a la que tuvo que responder. Era posible, replicó, que hubiera iniciado a su amiga íntima, la gata del establo, en su nueva habilidad, pero era improbable que hubiese alcanzado una mayor difusión hasta el momento presente.

—Pues —dijo la señora Cornett—, puede que Tobermory sea un gato muy valioso y una gran compañía, pero no dudo que estarás de acuerdo, Adelaida, en que es preciso desembarazarse de él sin demora, así como de la gata del establo.

—¿No creerás que he disfrutado mucho del último cuarto de hora, verdad? —dijo agriamente Lady Blemley—. Mi marido y yo le tenemos mucho apego a Tobermory... o al menos se lo teníamos antes de que adquiriese esa horrible aptitud; pero ahora, desde luego, lo único que se puede hacer es terminar con él cuanto antes.

—Podemos ponerle estricnina en las sobras que se toma como cena —dijo Sir Wilfried— y yo mismo iré y ahogaré ala gata del establo. El cochero se llevará un disgusto por quedarse sin gata pero le diré que una especie de sarna muy contagiosa ha atacado a los dos gatos y que tenemos miedo de que se transmita a las perreras.

—¡Pero mi gran descubrimiento! —arguyó el señor Appin—. Después de tantos años de investigaciones y experiencias.

—Puede usted ir y experimentar con los terneros de la granja, que están bajo un adecuado control —dijo la señora Cornett—, o con los elefantes del parque zoológico. Dicen que son enormemente inteligentes y además tienen la ventaja de que no andan arrastrándose alrededor de nuestros dormitorios ni debajo de nuestras sillas, entre otras cosas.

Un arcángel proclamando el Milenio en pleno éxtasis y descubriendo de pronto que tal cosa choca imperdonablemente con las regatas de Henley y habrá de ser pospuesto indefinidamente, apenas si se habría sentido más abatido que Cornelius Appin ante la acogida dispensada a su portentoso hallazgo. La opinión pública, sin embargo, estaba contra él; de hecho, si se hubiera consultado el sentir general sobre el asunto es probable que una amplia minoría de votos hubiera estado a favor de incluirle a él en la dieta de estricnina.

Unos preparativos dispuestos con eficiente disciplina y el nervioso deseo de ver culminado el asunto evitó la inmediata dispersión de la concurrencia, pero aquella noche la cena no fue ninguna gloria. Sir Wilfried había pasado un mal rato con la gata del establo y subsiguientemente con el cochero. Agnes Resker limitó ostensiblemente su colación a ligeros bocados de una austera tostada que mordisqueaba como si fuera un enemigo personal, mientras Mavis Pellington guardaba un resentido silencio durante toda la comida. Lady Blemley mantuvo un cierto flujo de algo que abrigaba la esperanza fuera una conversación, pero su atención estaba fija en el vestíbulo. Un plato lleno de trozos de pescado cuidadosamente embadurnados hallábase dispuesto junto al aparador, pero pasaron los entremeses, los dulces y los postres y Tobermory no apareció ni por el comedor ni en la cocina. La sepulcral cena fue jovial comparada con la subsecuente vigilia en la salita de fumar. La comida y la bebida habían proporcionado al menos una distracción y un paliativo de la turbación reinante. El *bridge* estaba descartado, habida cuenta de la tensión de nervios y de ánimo reinante y, luego que Odo Finsberry ofreciera una lúgubre interpretación de “Melisenda en el bosque”, la música había quedado tácitamente excluida. A las once los criados se fueron a acostar, anunciando que la pequeña ventana de la despensa había quedado abierta

como de costumbre para uso privado de Tobermory. Los invitados leían aplicadamente la diaria hornada de periódicos y revistas y recaían gradualmente en la “Biblioteca de Badminton” y en los volúmenes encuadernados de “Punch”. Lady Blemley hacía periódicas visitas a la despensa regresando siempre con una expresión de negligente abatimiento que se anticipaba a cualquier interrogatorio. A las dos en punto Clodoveo rompió el silencio reinante.

—No regresará esta noche. Probablemente está en la redacción del periódico local en estos momentos, dictando la primera entrega de sus memorias. No incluirán el libro de Lady Como-quiera-que-se-llame. Será el acontecimiento del día.

Tras hacer esta contribución a la alegría general Clodoveo se fue a dormir. A largos intervalos, los diversos integrantes de la reunión siguieron su ejemplo.

Los criados que sirvieron el té por la mañana temprano dieron idéntica noticia en respuesta a idénticas preguntas. Tobermory no había regresado.

El desayuno fue, si cabe, una función aún más desagradable que lo había sido la cena pero antes de que concluyera la situación se alivió. Trajeron el cuerpo de Tobermory procedente del bosquecillo donde un jardinero acababa de encontrarlo. Por las dentelladas que había en su pescuezo y el pelaje amarillo que cubría sus garras resultaba evidente que había caído en desigual combate con el gatazo de la rectoría.

A mediodía la mayor parte de los invitados había abandonado las Torres y después del almuerzo Lady Blemley había recuperado el ánimo lo suficiente como para escribir una nota extremadamente desabrida a la rectoría acerca de la pérdida de su valioso animalito doméstico.

Tobermory había sido el único pupilo de Appin que alcanzara el éxito y estaba destinado a no tener sucesor. Algunas semanas más tarde, un elefante del parque zoológico de Dresde que hasta entonces no había mostrado signos de irritabilidad se escapó y dio muerte a un inglés que, al parecer, había estado importunándole. El apellido de la víctima fue transcrito de varias maneras en los periódicos como Oppin y Eppelin pero su nombre, Cornelius, fue correctamente reseñado.

—Si estaba experimentando los verbos irregulares alemanes con el pobre animal —dijo Clodoveo—, se lo tiene bien merecido.

El marco

—Me fastidia la jerga artística de esa señora —le dijo Clodoveo al amigo periodista—. Tiene la manía de referirse a ciertos cuadros diciendo que “se te meten en la piel”, como si se tratara de algún tipo de sarpullido.

—Eso me recuerda —dijo el periodista— la historia de Henri Deplis. ¿Nunca te la he contado?

Clodoveo negó con la cabeza.

—Henri Deplis era, en razón de su nacimiento, súbdito del Gran Ducado de Luxemburgo. Tras una madura reflexión se dedicó a viajante de comercio. Su actividad mercantil le llevó con frecuencia más allá de los límites del Gran Ducado y hallábase a la sazón en una ciudad del norte de Italia cuando de su casa le llegó la noticia de que le había correspondido un legado de la herencia de un lejano pariente que había fallecido.

”No era un legado importante, ni siquiera desde el modesto punto de vista de Henri Deplis, pero le incitó a ciertas prodigalidades aparentemente inocuas. Concretamente, le indujo a patrocinar el arte local, representado por las agujas de tatuar del Signor Andrea Pincini. El Signor Pincini era tal vez el maestro más sobresaliente que Italia haya tenido jamás en el arte del tatuaje, pero las circunstancias habíanle reducido a tal necesidad que por la suma de seiscientos francos se puso gustosamente a cubrir el dorso de su cliente, desde la altura de la clavícula hasta la cintura, con una brillante representación de la caída de Ícaro. El grabado, una vez concluido, supuso una pequeña decepción para Monsieur Deplis, que estaba convencido de que Ícaro era una plaza fuerte tomada por Wallenstein durante la Guerra de los Treinta Años, pero quedó más que satisfecho con la ejecución de la obra, que todos cuantos tuvieron el privilegio de contemplar proclamaban como la obra maestra de Pincini.

”Representó para él su esfuerzo más arduo y postrero. Sin esperar siquiera a cobrarlo el ilustre artífice abandonó ésta vida y fue enterrado bajo una historiada lápida cuyos alados querubines le habrían dejado disponible un espacio particularmente escaso para el ejercicio de su arte favorito. Quedaba, sin embargo, la viuda de Pincini, a la que se adeudaban los seiscientos francos. De ello surgió la gran crisis en la vida de Henri Deplis, viajante de comercio. El legado, a fuerza de sufrir pequeños pero numerosos detrimentos, quedó reducido a una cantidad realmente insignificante y tras pagar una apremiante factura de vino y algunas otras cuentas menores le

quedaron poco más de 430 francos que ofrecer a la viuda. La dama hizo patente su justa indignación, no tanto, aclaró oportunamente, a causa de la propuesta mengua de 170 francos cuanto por la pretensión de menoscabar el valor de la ya reconocida obra maestra de su difunto esposo. En el plazo de una semana Deplis viose obligado a rebajar su oferta a 405 francos, circunstancia que atizó la indignación de la viuda hasta la furia. Tuvo la dama por rotas las negociaciones para la venta de la obra de arte y algunos días más tarde Deplis, con un sentimiento de consternación, tuvo conocimiento de que se la había ofrecido a la municipalidad de Bérgamo, la cual había aceptado complacida. Alejóse Deplis de aquella región lo más sigilosamente que pudo y se sintió francamente aliviado cuando los imperativos de su quehacer le llevaron a Roma, donde abrigaba la esperanza de que su identidad y la de la famosa ilustración fuesen ignoradas.

”Pero cargaba a sus espaldas con el genio del difunto. Cierta día, al aparecer en el humeante pasillo de unos baños turcos, fue conminado al instante a vestirse de nuevo por el propietario, que era del norte de Italia y que se opuso rotundamente a permitir que la celebrada *Caída de Ícaro* fuera exhibida en público sin permiso de la municipalidad de Bérgamo. El interés del público y la vigilancia oficial se incrementaron a medida que el asunto tuvo una más amplia divulgación y Deplis se vio imposibilitado hasta para darse el más mínimo chapuzón en el mar o en los ríos, aun en el más ardiente mediodía, sin ir embutido hasta el cuello en un sólido traje de baño. Más adelante, las autoridades de Bérgamo llegaron a la convicción de que el agua salada podría resultar perjudicial para la obra maestra y consiguieron un interdicto por un plazo ilimitado que prohibía terminantemente bañarse en el mar al acosado viajante de comercio. Sintióse, por ello, fervientemente agradecido cuando la firma para la que trabajaba le asignó una nueva área de actividad en las cercanías de Burdeos. Su gratitud, sin embargo, cesó abruptamente en la frontera franco-italiana. Un mandamiento imperativo de carácter oficial vetó su salida y se le recordó severamente la rigurosa ley que prohíbe la exportación de obras de arte italianas.

”Sucedieronse las conversaciones diplomáticas entre los gobiernos luxemburgués e italiano y por un momento la situación europea se nubló con la posibilidad de un conflicto. Pero el gobierno italiano se mantuvo firme; rehusó la más mínima implicación en el destino e incluso la propia existencia de Henri Deplis, viajante de comercio, pero se mantuvo inamovible en su decisión de que *La caída de Ícaro* (del difunto Pincini, Andrea), propiedad al presente de la municipalidad de Bérgamo, no saliera del país.

”La conmoción fue remitiendo con el tiempo, pero el desventurado Deplis, que era de natural retraído, hallóse una vez más, pocos meses más tarde, en el ojo del huracán de una furiosa controversia. Cierta alemán, experto en arte, que había obtenido de la municipalidad de Bérgamo autorización para examinar la famosa obra maestra, declaró que se trataba de un Pincini espurio, probablemente obra de algún aprendiz que habría empleado aquél en sus últimos años. Obviamente, el testimonio de Deplis sobre el particular carecía de todo valor, ya que había permanecido bajo los efectos de los acostumbrados narcóticos durante el largo proceso de la punción del dibujo. El director de una revista de arte italiana refutó las aseveraciones del experto alemán y lanzóse a probar que su vida privada no se compadecía con ninguna moderna pauta de la decencia. Italia y Alemania en pleno se enzarzaron en la disputa y el resto de Europa viose prontamente inmerso en el debate. Sucediéronse borrascosas escenas en el Parlamento español y la Universidad de Copenhague otorgó una medalla de oro al experto alemán (enviando luego una comisión para examinar las pruebas sobre el terreno), mientras en París dos estudiantes polacos se suicidaban para poner de manifiesto lo que pensaban *ellos* del caso.

”Entretanto, el infortunado bastidor humano no había mejorado su condición y nada tuvo de sorprendente que derivase hacia las filas de los anarquistas italianos. Al menos en cuatro ocasiones fue conducido hasta la frontera en calidad de extranjero peligroso e indeseable pero siempre fue remitido de vuelta como *La caída de Ícaro* (atribuido a Pincini, Andrea; comienzos del siglo xx). Por fin, un día, durante un congreso anarquista en Génova, uno de sus camaradas, en el calor del debate, le estampó en la espalda una ampolla de líquido corrosivo. La camisa roja que llevaba puesta mitigó sus efectos pero el Ícaro quedó tan deteriorado que resultaba irreconocible. Su atacante sufrió una severa reconvención por la agresión a un camarada anarquista y fue condenado a siete años de cárcel por la destrucción de un tesoro artístico nacional. Tan pronto como estuvo en condiciones de abandonar el hospital, Henri Deplis fue puesto en la frontera como extranjero indeseable.

”Por las calles más plácidas de París, especialmente en la vecindad del Ministerio de Bellas Artes, podéis tropezaros en ocasiones con un hombre de aspecto acongojado y deprimido que, a nada que le dirijáis la palabra, os responderá con un ligero acento luxemburgués. Alimenta la ilusión de ser uno de los brazos perdidos de la Venus de Milo y abriga la esperanza de llegar a persuadir al gobierno francés de que le compre. En todos los demás extremos yo creo que está tolerablemente cuerdo”.

La cura de desasosiego

En la redecilla del vagón de ferrocarril, justo enfrente de Clodoveo, había una sólida bolsa de viaje con una etiqueta cuidadosamente rotulada en la que aparecía inscrito: “J. P. Huddle. La Conejera. Tilfield, junto a Slowborough”. Inmediatamente debajo de la redecilla hallábase la personificación humana de la etiqueta, un individuo macizo y circunspecto, vestido con circunspección y de circunspecta conversación. Incluso sin tener en cuenta su conversación (dirigida a un amigo sentado a su lado y que versaba principalmente sobre temas como lo tardío de los jacintos romanos o la propagación del sarampión en la rectoría), podía apreciarse con bastante fidelidad el temperamento y el horizonte mental del propietario de la bolsa de viaje. No obstante, parecía renuente a dejar algún detalle a la imaginación del observador casual y pronto su conversación se hizo personal e introspectiva.

—No sé lo que pasa —le dijo a su amigo—, apenas si rebaso los cuarenta pero tengo la impresión de haberme asentado en un profundo surco de mediana y añeja edad. Mi hermana presenta la misma tendencia. Nos gusta que todo esté exactamente en su lugar acostumbrado; nos gusta que las cosas se produzcan exactamente a la hora prevista; nos gusta que todo sea normal, ordenado, puntual, metódico, al milímetro, al minuto. Nos aflige y nos trastorna el que no sea así. Por ejemplo, puestos a traer a colación una futesa, un zorzal ha hecho su nido año tras año en el sauce que hay en el pradillo; este año, por razones que no están claras, lo está haciendo en la hiedra del muro del jardín. Hemos hablado poco sobre ello, pero creo que ambos sentimos el cambio como innecesario e incluso un tanto irritante.

—Tal vez —dijo el amigo— se trata de otro zorzal.

—Ya lo hemos pensado —dijo J. P. Huddle—, y me parece que nos causa aun mayor fastidio. No sentimos la necesidad de un cambio de zorzal a estas alturas de nuestras vidas; y, sin embargo, como ya he dicho, apenas si hemos alcanzado la edad en que esas cosas debieran producirnos un serio impacto.

—Lo que ustedes necesitan —dijo el amigo— es una cura de desasosiego.

—¿Una cura de desasosiego? Nunca he oído hablar de tal cosa.

—Usted habrá oído hablar de curas de reposo o sosiego para personas quebrantadas por la tensión de las preocupaciones excesivas y la vida extenuante; pues bien, ustedes padecen un exceso de reposo y placidez y precisan el tipo de tratamiento opuesto.

—Pero, ¿a dónde dirigirme para tal cosa?

—Bien, puede usted presentarse como candidato orangista por Kilkenny^[4] o hacer un curso de inspección zonal en uno de los barrios *apaches* de París, o puede dar conferencias en Berlín para demostrar que la mayor parte de la música de Wagner fue compuesta por Gambetta^[5]; y siempre tiene el interior de Marruecos para viajar. No obstante, para que sea realmente efectiva, la cura de desasosiego hay que hacerla en casa. Cómo podrían hacerla ustedes... no tengo ni la menor idea.

En este punto de la conversación fue cuando Clodoveo quedó galvanizado por una viva atención. Después de todo, la visita de dos días a un anciano pariente de Slowborough no prometía ser muy apasionante. Antes de que el tren se detuviera había decorado el puño izquierdo de su camisa con la inscripción “J. P. Huddle. La Conejera. Tilfield, junto a Slowborough”.

Dos días más tarde, durante la mañana, el señor Huddle irrumpió en la vida privada de su hermana, que estaba leyendo *La vida rural* en el gabinete. Eran el día, la hora y el lugar destinados a *La vida rural* y la intrusión resultaba absolutamente irregular, pero el señor Huddle tenía en la mano un telegrama y en aquella casa los telegramas eran tenidos por provenientes de la mano de Dios. Este telegrama en particular presentaba concomitancias con la naturaleza del huracán. “Obispo examinando clase confirmación en vecindad imposible alojarse en rectoría debido sarampión solicita su hospitalidad enviando secretario tomar disposiciones”.

—Apenas conozco al obispo; tan sólo he hablado una vez con él —exclamó J. P. Huddle, con el aire exculpatorio de quien advierte demasiado tarde lo indiscreto de dirigir la palabra a obispos desconocidos. La señorita Huddle fue la primera en rehacerse. Le disgustaban los huracanes tan poco como a su hermano pero su instinto femenino le decía que a los huracanes hay que darles de comer.

—Podemos preparar el pato frío con *curry* —dijo. No era aquél el día previsto para el *curry*, pero el ligero revestimiento anaranjado significaba una ligera desviación de la norma y el hábito. Su hermano nada dijo pero sus ojos le expresaron gratitud por su denuedo.

—Un joven caballero desea verles —anunció la doncella.

—¡El secretario! —susurraron los Huddle al unísono; instantáneamente adoptaron una actitud rígida que proclamaba que, pese a considerar culpables a todos los desconocidos, estaban dispuestos a oír lo que tuvieran que alegar en su defensa. El joven caballero, que se introdujo en la estancia con una cierta altanería elegante, no respondía en modo alguno a la idea que los Huddle tenían formada acerca del secretario de un obispo; no les cabía en la cabeza que los fondos episcopales financiaran un artículo tan costosamente tapizado cuando había tantas otras

solicitudes de recursos. El rostro resultaba fugazmente familiar; si el señor Huddle hubiera prestado más atención al compañero de viaje sentado justamente enfrente de él en el vagón de ferrocarril dos días antes, tal vez hubiese reconocido a Clodoveo en su actual visitante.

—¿Es usted el secretario del obispo? —preguntó Huddle, tornándose conscientemente respetuoso.

—Su secretario confidencial —respondió Clodoveo—. Pueden llamarme Stanislaus; mi apellido no importa. El obispo y el coronel Alberti tal vez vengan a almorzar. Yo me quedaré aquí, en todo caso.

Aquello sonaba casi como el programa de una visita real.

—El obispo está pasando examen a una clase de confirmación en las cercanías, ¿no es así? —preguntó la señorita Huddle.

—Tal parece —fue la enigmática respuesta, seguida de la solicitud de un mapa a gran escala de la localidad.

Clodoveo se hallaba aún inmerso en el estudio aparentemente profundo del mapa cuando llegó otro telegrama. Iba dirigido al “Príncipe Stanislaus, huésped de los Huddle, La Conejera, etc.”. Clodoveo echó un vistazo a su contenido y anunció:

—El obispo y Alberti no vendrán hasta esta noche, más bien tarde —luego se volvió a escrutar nuevamente el mapa.

El almuerzo no fue una ceremonia muy festiva. El principesco secretario comió y bebió con buen apetito pero desalentó severamente cualquier conversación. Al término de la comida esbozó súbitamente una sonrisa radiante, agradeció a su anfitriona tan delicioso refrigerio y besó su mano con respetuoso embeleso. La señorita Huddle fue incapaz de resolver para sus adentros si tal acción tenía el sabor de una cortesía a lo Luis XIV o a la reprensible actitud romana respecto a las sabinas. Aquel día no le tocaba jaqueca pero tuvo la impresión de que las circunstancias la excusaban y se retiró a su habitación para tener toda la jaqueca que le fuera posible antes de la llegada del obispo. Clodoveo, tras indagar acerca de la oficina de telégrafos más próxima, desapareció al instante carretera abajo.

El señor Huddle se lo encontró en el vestíbulo dos horas más tarde y le preguntó cuándo llegaría el obispo.

—Está en la biblioteca con Alberti —fue la respuesta.

—Pero, ¿por qué no me lo han dicho? ¡No sabía que hubiera venido! —exclamó Huddle.

—Nadie sabe que está aquí —dijo Clodoveo—; cuanto más secreto guardemos sobre el asunto, mejor, y bajo ningún concepto le interrumpa en la biblioteca; esas son sus

órdenes.

—Pero, ¿a qué viene todo este misterio? ¿Y quién es Alberti? ¿No va a tomar el té el obispo?

—¡El obispo persigue sangre, no té!

—¡Sangre! —balbuceó Huddle, que no alcanzaba a progresar en la comprensión del huracán.

—Esta noche va a ser una gran noche en la historia de la Cristiandad —dijo Clodoveo—. Vamos a masacrar a todos los judíos de los alrededores.

—¡Masacrar a los judíos! —dijo Huddle con indignación—. ¿Quiere usted decirme que hay un alzamiento general contra ellos?

—No, es una idea del obispo; en estos momentos está disponiendo todos los detalles.

—Pero... el obispo es un hombre tan tolerante, tan humano.

—Eso es precisamente lo que realzará los efectos de su acción. La sensación será enorme.

Eso, al menos, también lo creía Huddle.

—¡Le ahorcarán! —exclamó con convicción.

—Le espera un automóvil para llevarle a la costa, donde está dispuesto un barco de vapor.

—Pero no hay ni treinta judíos en toda la vecindad —protestó Huddle, cuyo cerebro, bajo los repetidos impactos del día, funcionaba con las fluctuaciones del hilo telegráfico durante un terremoto.

—Tenemos veintiséis en nuestra lista —dijo Clodoveo aludiendo a un manajo de notas—. Podemos ocuparnos de ellos perfectamente.

—¿Quiere usted decirme que planean utilizar la violencia contra un hombre como Sir Leon Birberry? —tartajó Huddle—. Es uno de los hombres más respetados de la región.

—Está en nuestra lista —dijo Clodoveo con displicencia—; después de todo, disponemos de hombres de confianza para llevar a cabo nuestra tarea, de modo que no tenemos que contar con la ayuda local. Y tenemos algunos *boy-scouts* que colaboran con nosotros como ayudantes.

—¡*Boy-scouts!*

—Sí; cuando se enteraron de que se trataba de matar de verdad se mostraron más entusiastas aún que los hombres.

—¡Esto será un borrón en el siglo xx!

—Y su casa será el tintero. ¿Se da usted cuenta de que la mitad de los periódicos de Europa y de los Estados Unidos publicarán imágenes de ella? Por cierto, he remitido

unas fotografías suyas y de su hermana que encontré en la biblioteca al *Martin* y a *Die Woche*, espero que no le importe. Y también un apunte de la escalera; la mayor matanza se producirá probablemente en la escalera.

Las emociones que se iban apoderando del cerebro de J. P. Huddle eran de una intensidad casi excesiva como para plasmarlas en palabras pero acertó a balbucear:

—En esta casa no hay judíos.

—No por el momento.

—Iré a la policía —exclamó Huddle con una súbita energía.

—Entre los arbustos hay apostados diez hombres que tienen orden de disparar contra quienquiera que abandone la casa sin una señal de autorización por mi parte. Otro piquete armado se halla emboscado cerca de la puerta principal. Los *boy-scouts* vigilan la parte trasera.

En este punto se oyó el alegre ulular de una bocina desde la calle. Huddle se precipitó hacia el vestíbulo con la sensación de un hombre que se despierta de una pesadilla y alcanzó a contemplar a Sir Leon Birberry que llegaba conduciendo su coche.

—Recibí su telegrama —dijo—. ¿Qué sucede? ¿Telegrama? Aquel parecía ser el día de los telegramas.

“Venga aquí inmediatamente. Urgente. James Huddle”, decía, en síntesis, el mensaje que se ofreció a los ojos asombrados de Huddle.

—¡Ahora lo comprendo todo! —exclamó de pronto, con una voz sacudida por la agitación, y con una mirada de agonía en dirección a la espesura tiró del asombrado Birberry hacia el interior de la casa. Se acababa de servir el té en el salón pero Huddle, ahora totalmente presa del pánico, arrastró a su quejumbroso huésped escaleras arriba y por un instante toda la casa quedó subsumida en aquella región de momentánea seguridad. Sólo Clodoveo hizo los honores a la mesa del té con su presencia; evidentemente, los fanáticos hallábanse en la biblioteca demasiado absortos en sus monstruosas maquinaciones como para ceder al solaz de una taza de té y unas tostadas. El joven caballero se levantó en una ocasión para atender a la llamada de la campanilla en la puerta principal y franquear el paso al señor Paul Isaacs, zapatero y coadjutor de la parroquia, que también había recibido una compulsiva invitación para acudir a La Conejera. Con un atroz derroche de cortesía, difícilmente superable por algún Borgia, el secretario escoltó al nuevo cautivo de su red hasta la meseta de la escalera, donde le aguardaba su involuntario anfitrión.

Lo que sobrevino luego fue una larga vigilia de suspenso y espera. En una o dos ocasiones Clodoveo abandonó la casa para llegarse hasta la espesura, regresando

siempre a la biblioteca, con el evidente propósito de dar un breve parte. En una ocasión se hizo cargo del correo de manos del cartero vespertino y lo llevó hasta lo alto de la escalera con puntillosa cortesía. Tras una nueva ausencia ascendió hasta la mitad de la escalera para lanzar un anuncio.

—Los *boy-scouts* entendieron mal mi señal y han dado muerte al cartero. Tengo poca práctica en este tipo de cosas, ya saben. La próxima vez lo haré mejor.

La doncella, que tenía compromiso matrimonial con el cartero vespertino, dio rienda suelta a un clamoroso lamento.

—Recuerda que tu ama tiene dolor de cabeza —le dijo J. P. Huddle. (El dolor de cabeza de la señorita Huddle iba peor.)

Clodoveo descendió la escalera rápidamente y tras una breve visita a la biblioteca regresó con otro mensaje.

—El obispo lamenta saber que la señorita Huddle padece dolor de cabeza. Está impartiendo órdenes para que, en la medida de lo posible, no se utilicen armas de fuego cerca de la casa; toda muerte que sea necesaria dentro de la casa se hará con arma blanca. El obispo no comprende por qué un hombre no ha de ser un caballero además de un cristiano.

Ésta fue la última vez que vieron a Clodoveo; eran casi las siete y a su anciano pariente le gustaba que se vistiera para la cena. Pero, pese a que les había abandonado para siempre, los acechantes indicios de su presencia rondaron por la zona alta de la casa durante las largas horas de vigilia nocturna y cualquier crujido de la escalera, cualquier susurro del viento en la espesura iba cargado de un horrible significado. Hacia las siete de la mañana, el hijo del jardinero y el cartero convencieron finalmente a los insomnes de que el siglo xx seguía impoluto.

—No creo —musitó Clodoveo cuando un tren madrugador le llevaba de regreso a la ciudad— que estén en modo alguno agradecidos por la cura de desasosiego.

La paz de Mowsle Barton

Crefton Lockyer hallábase sentado a sus anchas, tanto de cuerpo como de espíritu, en la pequeña franja de terreno, mitad huerto mitad jardín, que colindaba con el corral en Mowsle Barton. Después de la tensión y el fragor de largos años de vida urbana el sosiego y la paz de aquel caserón circundado de lomas asaltaron sus sentidos con una intensidad casi dramática. El tiempo y el espacio parecían perder su sentido y su apremio: los minutos se diluían en horas y los prados y barbechos formaban declives en la distancia, suave e imperceptiblemente. Los matojos de seto vivo irrumpían entre las flores del jardín y las flores trepadoras y los arbustos del jardín lanzaban su contraofensiva contra el corral y la vereda. Gallinas de aspecto soñoliento y patos solemnes y absortos sentíanse como en casa ya fuera en el patio, en el huerto o en la carretera; nada parecía pertenecer definitivamente a ninguna parte; ni siquiera las puertas se encontraban forzosamente sobre sus goznes. Y sobre todo aquel escenario planeaba una sensación de paz que tenía una calidad casi mágica. Por la tarde se tenía la sensación de que siempre había sido por la tarde; durante el crepúsculo se tenía la certeza de que nunca había habido sino crepúsculo. Crefton Lockyer hallábase sentado a sus anchas en el rústico banco situado bajo un añoso níspero y decidió que aquí estaba ese varadero vital que su mente se había representado tan vivamente y que en los últimos tiempos sus fatigados y ajetreados sentidos habían anhelado tan a menudo. Fijaría su residencia estable entre aquella gente sencilla y amistosa, incrementando gradualmente las modestas comodidades de las que le agradaría rodearse pero adaptándose todo lo posible a sus modos de vida.

Mientras maduraba reposadamente en su cabeza esta resolución, una provecita anciana acercábase cojeando con paso inseguro por en medio del huerto. Reconoció en ella a una de las mujeres de la casa, la madre o acaso la suegra de la señora Spurfield, su casera, y rápidamente se puso a pensar en busca de alguna observación agradable que dirigirle. La mujer se le adelantó.

—Hay algo escrito con tiza en aquella puerta de allá, al fondo. ¿Qué dice?

La mujer hablaba de una forma impersonal y desvaída, como si la pregunta hubiera estado en sus labios durante años y lo mejor fuera desembarazarse de ella. Sus ojos, sin embargo, miraban con impaciencia por encima de la cabeza de Crefton hacia la puerta de un pequeño henil que constituía la avanzadilla de una dispersa hilera de edificaciones de la granja.

“Martha Pillamon es una vieja bruja”, fue la declaración con que tropezó el

inquisitivo escrutinio de Crefton, y vaciló por un momento antes de dar a aquella aseveración una más amplia publicidad. Por lo que sabía de su interlocutor, debía ser la mismísima Martha la persona con la que estaba hablando. Era posible que el apellido de soltera de la señora Spurfield fuera Pillamon. Y aquella enjuta y macilenta anciana que se hallaba junto a él ciertamente cumplía las especificaciones locales en cuanto al aspecto exterior de una bruja.

—Dice algo acerca de una tal Martha Pillamon —explicó cautelosamente.

—¿Qué dice?

—Es muy irrespetuoso —dijo Crefton—, dice que es una bruja. Esas cosas no deberían escribirse.

—Es cierta, cada una de esas palabras —replicó su oyente con una considerable satisfacción, añadiendo a modo de nota descriptiva propia—: El viejo escuerzo.

Y mientras se alejaba cojeando por el corral iba gritando con su voz cascada:

—¡Martha Pillamon es una vieja bruja!

—¿Ha oído lo que ha dicho? —masculló una voz tenue y colérica a espaldas de Crefton. Al girarse rápidamente pudo contemplar a otra vetusta anciana, flaca y arrugada, del color del pergamino y, evidentemente, en un estado de viva irritación. Obviamente se trataba de Martha Pillamon en persona. El huerto parecía ser el lugar favorito para pasear de las mujeres de avanzada edad que había en el vecindario.

—¡Es mentira, mentira cochina! —continuó la tenue voz—. Betsy Croot sí que es una vieja bruja. Ella y su hermana, la sucia rata. Les echaré un maleficio, las viejas chinchorras. Según se alejaba renqueando despaciosamente su vista captó la inscripción de tiza en la puerta del henil.

—¿Qué hay escrito allí? —preguntó volviéndose hacia Crefton.

—Vote a Soarker —respondió éste con la pusilánime osadía de los pacificadores experimentados.

La anciana rezongó algo y el refunfuño, junto con su viejo pañolón rojo, se perdieron gradualmente entre los árboles. Crefton se incorporó al instante y se encaminó hacia la casa. De algún modo, buena parte de la paz parecía haberse esfumado del ambiente.

El alegre bullicio de la hora del té en la cocina, que Crefton había encontrado tan placentero en tardes anteriores, parecía haberse agriado hoy en una cierta desazón melancólica. En torno a la mesa reinaba un lánguido y penoso silencio y el propio té, cuando Crefton lo probó, era una insulsa y tibia cocción que habría alejado todo ánimo de juerga de un carnaval.

—No sirve de nada quejarse del té —dijo prontamente la señora Spurfield, al

quedarse su huésped contemplando la taza con aire de cortés interrogante—. El agua no llega a hervir en la marmita, esa es la pura verdad.

Crefton se volvió hacia el hogar, donde un fuego insólitamente vivo hallábase cubierto por una marmita negra que dejaba escapar una fina espiral de vapor por un resquicio pero que, por lo demás, parecía ignorar la acción de la crepitante hoguera que tenía debajo.

—Lleva ahí más de una hora y no hervirá —dijo la señora Spurfield, añadiendo a modo de concluyente explicación—: Estamos embrujados.

—Martha Pillamon es quien lo ha hecho —intervino entonces su anciana madre—; yo haré lo mismo con ese viejo escuerzo. Le echaré un maleficio.

—Se pondrá a hervir a su tiempo —protestó Crefton, ignorando las insinuaciones acerca de malignas influencias—. Tal vez el carbón esté húmedo.

—No hervirá a tiempo para la cena, ni para el desayuno de mañana, ni aun manteniendo el fuego encendido toda la noche —dijo la señora Spurfield. Y así fue. Los moradores de la casa subsistieron a base de alimentos fritos y asados y té gentilmente preparado en una casa de la vecindad y trasladado a moderada temperatura.

—Supongo que nos dejará usted, ahora que las cosas se han puesto incómodas —observó la señora Spurfield durante el desayuno—; hay gente que deserta en cuanto empiezan las dificultades.

Crefton descartó apresuradamente cualquier inmediato cambio de planes; se dijo a sí mismo, sin embargo, que la inicial cordialidad de trato había desertado de la casa en buena medida. Miradas suspicaces, silencios huraños o frases punzantes estaban a la orden del día. En cuanto a la anciana madre, estaba todo el día sentada en la cocina o en el jardín rezongando amenazas y maleficios contra Martha Pillamon. Había algo de terrorífico y lastimero en el espectáculo de aquellos viejos y frágiles retazos de humanidad consagrando sus últimas y mortecinas energías a la tarea de hacerse desdichadas una a otra. El aborrecimiento parecía ser la única facultad que había sobrevivido con vigor e intensidad sin mengua donde todo lo demás se desmoronaba con una ordenada y simétrica decadencia. Y lo más pavoroso de todo era que aquel hórrido y malsano poder parecía destilarse de su rencor y sus execraciones. Todas las explicaciones escépticas eran incapaces de alterar el hecho indudable de que ni la marmita ni la cacerola alcanzaban el punto de ebullición aun sobre el fuego más abrasador. Crefton se asió cuanto pudo a la teoría de alguna falla en el carbón, pero el fuego de leña dio el mismo resultado, y cuando una marmita pequeña con un infiernillo de alcohol incorporado, que solicitó mediante un propio, mostró la misma

obstinada negativa en permitir la ebullición a su contenido sintió que había entrado súbitamente en contacto con algún aspecto insospechado y maligno de las fuerzas ocultas. A varias millas de distancia, a través de un portillo entre los cerros, alcanzaba a divisar una carretera por la que circulaban en ocasiones los automóviles y, sin embargo, aquí, a tan escasa distancia de las arterias de la civilización más avanzada, había un viejo caserón encantado donde algo tan inequívoco como la brujería parecía adquirir un virtual imperio.

Al cruzar el jardín hacia los senderos más apartados de la granja, donde esperaba recuperar la reconfortante sensación de apacibilidad cuya ausencia era tan ostensible en torno a la casa y al hogar —especialmente al hogar—, Crefton pasó junto a la anciana madre, que permanecía sentada y murmurando para su coleteo. “Que se hundan al nadar, que se hundan al nadar”, repetía una y otra vez, como un niño que repite una lección a medias aprendida. Y de tiempo en tiempo estallaba en una aguda carcajada en la que resonaba una nota de malignidad nada grata al oído. Crefton se sintió más alegre cuando se halló donde ya no podía oírla, en medio de la calma y la soledad de los recónditos y frondosos senderos que parecían no conducir a parte alguna; uno de ellos, más angosto y escondido que el resto, atrajo sus pasos y sentíase ya casi al borde del hastío cuando descubrió que, en realidad, era como una senda en miniatura que conducía a una morada humana. Una cabaña de aspecto abandonado, con un descuidado huertecillo de coles y unos pocos manzanos añosos, se levantaba en un recodo donde un arroyuelo de rápida corriente se ensanchaba en un trecho formando una charca de regular tamaño antes de continuar su carrera entre los sauces que habían refrenado su curso. Crefton se apoyó en el tronco de un árbol y contempló por encima de los turbulentos remolinos de la charca la pequeña y humilde casita que tenía enfrente; el único signo de vida procedía de una breve procesión de patos de deslucido aspecto que se encaminaban en fila hacia el borde de las aguas. Hay siempre algo fascinante en la forma en que un pato se trasmuta en un instante de torpe y lento anadeador sobre la tierra en grácil y vivaz nadador sobre las aguas y Crefton aguardó con cierta atención contenida para observar cómo se lanzaba a la superficie de la charca el que encabezaba la fila. Era consciente al mismo tiempo, por un curioso instinto premonitorio, de que algo extraño y enojoso estaba a punto de suceder. El pato se abalanzó confiadamente al agua e inmediatamente se revolvió bajo la superficie. La cabeza apareció por un instante y volvió a sumergirse nuevamente, dejando un rosario de burbujas en su estela, mientras las alas y las patas batían el agua en un desmañado torbellino. El pato se ahogaba, obviamente. Al pronto, Crefton pensó que debía haberse enganchado con

algún hierbajo o que era atacado desde dentro por algún lucio o una rata de agua. Pero no había sangre flotando en la superficie y aquel cuerpo en frenética agitación recorrió todo el perímetro de la charca sin la menor traba de maraña alguna. Para entonces, un segundo pato se zambullía y un segundo cuerpo pugnaba, se revolvía y agitaba bajo la superficie. Había algo de particularmente lastimero en la visión de los picos jadeantes que asomaban de vez en vez sobre las aguas, a modo de aterrorizada protesta por esta traición de un elemento fiable y familiar. Crefton contempló con algo parecido al horror cómo un tercer pato se posó sobre el borde y se zambulló, para correr el mismo sino que los otros dos. Se sintió casi aliviado cuando los restantes componentes de la bandada, tardíamente alarmados por la conmoción de los cuerpos que se ahogaban lentamente, se irguieron con sus enhiestos y atirantados pescuezos y desaparecieron del ominoso escenario, graznando con una marcada nota de desasosiego al desfilar. En ese mismo momento Crefton advirtió que no era el único testigo humano de la escena; una anciana encorvada y macilenta, a la que reconoció al instante como Martha Pillamon, de siniestra reputación, había cubierto a paso renqueante el sendero que conducía al borde de las aguas y contemplaba fijamente el horripilante torbellino de aves moribundas que se desplazaba en proceloso cortejo circundando la charca. Al cabo de un momento su voz resonó con una aguda nota de trémula ira:

—Es Betsy Croot quien ha hecho esto, la vieja rata. Le echaré un maleficio, ya lo verás.

Crefton se retiró silenciosamente, con la duda de si la anciana habría advertido su presencia. Antes incluso de que aquella proclamara la culpabilidad de Betsy Croot, el susurrado sortilegio de esta última, “Que se hundan al nadar”, había relampagueado inquietantemente en su cerebro. Fue, sin embargo, la amenaza final de un vindicativo maleficio lo que invadió totalmente su cerebro con riesgo de excluir cualquier otro pensamiento o idea. Su capacidad de raciocinio mostrábase impotente para descartar las amenazas de aquellas viejas comadres como si de fútiles disputas se tratara. La casa de Mowsle Barton se hallaba a merced del rencor de una sañuda anciana que parecía capaz de materializar sus resquemores personales de una manera harto efectiva y no era posible predecir qué modalidad revestiría su venganza por los tres patos ahogados. Como miembro de la casa, el propio Crefton podía verse afectado por una visita generalizada y por demás insufrible de la cólera de Martha Pillamon. Por supuesto, era consciente de que estaba dando pábulo a absurdas fantasías, pero el comportamiento de la marmita con hornillo incorporado y la escena de la charca le habían descorazonado grandemente. Y la vaguedad de la

alarma se sumaba a sus terrores; cuando se admite por una vez a lo imposible en las especulaciones, sus posibilidades se toman prácticamente ilimitadas.

A la mañana siguiente Crefton se levantó temprano como de costumbre, al término de una de las noches más inquietas que había pasado en la granja. Sus aguzados sentidos detectaron rápidamente esa sutil atmósfera de *esto no marcha del todo bien* que reina en una casa agobiada. Las vacas habían sido ordeñadas pero seguían en confuso tropel en el patio esperando con impaciencia ser conducidas al campo y el averío doméstico persistía en un machacón y quejoso recordatorio del retraso en la hora de comer; la bomba de agua del patio, que habitualmente emitía a intervalos su estridente melodía durante las primeras horas de la mañana, estaba hoy ominosamente silenciosa. Dentro de la misma casa había intermitentemente un ir y venir de pasos, voces apresuradas que se alzaban y se extinguían y largos, desazonados silencios. Crefton terminó de vestirse y se dirigió hacia el arranque de una estrecha escalera. Alcanzó a oír una voz desvaída y quejumbrosa, una voz en la que se había infiltrado una pavorosa lasitud, y reconoció a la señora Spurfield.

—Se marchará, seguro —estaba diciendo la voz—; hay muchos que se largan en cuanto se presenta la cruda adversidad.

Crefton sintió que probablemente era uno de esos muchos y que había momentos en que era aconsejable ser fiel al modelo.

Regresó a su habitación, reunió y guardó sus escasas pertenencias, depositó sobre la mesa el importe de su alojamiento y salió por una puerta trasera que daba al patio. Una turbamulta de aves surgió expectante ante él, que sustrayéndose a su afanosa atención se apresuró, a resguardo del establo, la pocilga y los almiarés, hasta llegar a la senda situada a espaldas de la granja. Una caminata de unos pocos minutos que sólo el considerable peso de sus *portemanteaux* impidió que se convirtiera en abierta carrera le condujo hasta la carretera general, donde un autobús madrugador le alcanzó pronto y le trasladó rápidamente a la vecina ciudad. En una curva de la carretera tuvo una última visión de la granja; las viejas techumbres abuhardilladas y los heniles con sus cubiertas de paja, el huerto desparramado y el níspero, con su banco de madera, se recortaban con una claridad casi espectral en la temprana luz de la mañana y sobre todo el conjunto se cernía esa atmósfera de mágica posesión que Crefton, erróneamente, había tomado por paz.

El bullicio y el estruendo de la estación de Paddington hirieron sus oídos con un protector saludo de bienvenida.

—Estas apreturas y estas prisas son muy malas para nuestros nervios —comentó un compañero de viaje—; a mí denme la paz y el silencio del campo.

Crefton declinó mentalmente su cuota de aquel anhelado bienestar. Una sala de baile bien atestada y esplendorosamente iluminada, donde se estuviera ejecutando una exuberante interpretación de la “1812” por una aguerrida orquesta se le presentó como lo más próximo a su ideal de un sedante para los nervios.

Mixtura para codornices

—El panorama no es muy halagüeño para nosotros, los pequeños comerciantes —les dijo el señor Scarrick al artista y a su hermana, que habían tomado sendas habitaciones encima de un almacén de comestibles en un suburbio de la ciudad—. Los grandes establecimientos ofrecen al público una serie de atractivos que nosotros no podemos permitirnos ni siquiera en pequeña escala... salas de lectura, salas de juegos, gramófonos y Dios sabe qué más. En la actualidad, la gente no se anima a comprar media libra de azúcar si no es escuchando a Harry Lauder o con los resultados del *cricket* australiano a la vista. Con las existencias que hemos ingresado en almacén de cara a las Navidades deberíamos tener media docena de dependientes ahogados de trabajo pero, en realidad, mi sobrino Jimmy y yo podemos atenderlo todo sobradamente. Es una mercancía muy estimable, además, siempre que pueda darle salida en un par de semanas, pero no hay la menor probabilidad de que tal cosa ocurra... a menos que la línea de Londres quede atascada por la nieve durante una quincena, antes de Nochebuena. Había pensado en la posibilidad de contratar a la señorita Luffcombe para dar unos recitales por las tardes; tuvo un gran éxito en la fiesta de Correos recitando “Los designios de la pequeña Beatriz”.

—No se me ocurre nada menos apropiado para convertir su tienda en un centro comercial de moda —dijo el artista con un auténtico sobresalto—. Si estuviera tratando de decidir entre los méritos de unas ciruelas de Carlsbad y de unos higos confitados como postre de invierno, me exasperaría que mis pensamientos se vieran complicados con los designios de la pequeña Beatriz de ser un Ángel de Luz o una *girl-scout*. No —prosiguió—, el anhelo de obtener algo adicional a cambio de nada es una de las pasiones dominantes de la clientela femenina, pero es algo que usted, efectivamente, no puede permitirse. ¿Por qué no apelar a otro instinto que domina no sólo a la clientela femenina sino también a la masculina, de hecho a todo el género humano?

—¿Cuál es ese instinto, caballero? —dijo el comerciante.

La señora Greyes y la señorita Fritten acababan de perder el tren de las 2.18 para el centro y, puesto que no habría ningún otro hasta las 3.12, se les ocurrió que también podían hacer la compra de comestibles en la tienda de Scarrick. No había en ello nada de sensacional, en eso estaban de acuerdo, pero harían la compra al fin y al cabo.

Durante algunos minutos tuvieron la tienda casi para ellas solas, en lo que se refiere a clientes, pero mientras debatían las virtudes y defectos de dos marcas competidoras de pasta de anchoas les sobresaltó una orden, pronunciada desde el otro lado del mostrador, de seis granadas y un paquete de mixtura para codornices. Ninguno de los dos artículos tenían demanda habitual en aquel vecindario. Igualmente inusuales eran el estilo y la apariencia del cliente; de unos dieciséis años de edad, piel aceitunada oscura, grandes ojos pardos y cabello corto y espeso de color negro azulado, podría haberse ganado la vida como modelo para artistas. De hecho, eso es justamente lo que era. El caldero de latón forjado que presentó para recibir su compra era, sin lugar a dudas, la más asombrosa variación de la bolsa de malla o la cesta de la compra, típicas de la civilización suburbial, que el resto de los clientes había visto jamás. Arrojó una pieza de oro, aparentemente de alguna exótica moneda, encima del mostrador y no pareció en disposición de aguardar una posible vuelta.

—Ayer no pagué el vino y los higos —dijo—; guarde lo que sobra para las futuras compras.

—Extraño aspecto el de ese muchacho, ¿no? —dijo interrogativamente la señora Greyes al tendero apenas el cliente hubo salido.

—Extranjero, según creo —respondió el señor Scarrick con un laconismo muy distante de sus modales habitualmente comunicativos.

—Quiero una libra y media del mejor café que tenga —dijo una voz autoritaria unos instantes más tarde. El que hablaba era un hombre alto, de rostro imponente y de aspecto ostensiblemente foráneo, destacable, entre otras cosas, por una barba totalmente negra, recortada según un estilo más en boga en la antigua Asiria que en un suburbio de la actual Londres.

—¿Ha estado aquí comprando granadas un muchacho de tez oscura? —preguntó repentinamente, mientras le pesaban el café.

Las dos damas estuvieron a punto de dar un salto al escuchar que el tendero respondía con una impávida negativa.

—Tenemos granadas en existencia —prosiguió—, pero nadie las ha pedido.

—Mi criado vendrá a por el café, como de costumbre —dijo el comprador, sacando una moneda de un monedero de maravillosa filigrana. Como si se le ocurriera de repente disparó la pregunta:

—¿Tiene usted, quizá, mixtura para codornices?

—No —respondió el tendero sin vacilar—, no tenemos.

—¿Qué va a negar ahora? —preguntó la señora Greyes en un susurro. Lo que

agravaba el asunto era que el señor Scarrick había presidido recientemente una conferencia sobre Savonarola.

El desconocido se deslizó fuera de la tienda subiéndose el cuello de espeso astracán de su enorme abrigo, con aire, según lo describiría más tarde la señorita Fritten, de un sátrapa tras aplazar un Sanhedrin. No estaba ella muy segura de si formó alguna vez parte de las competencias de un sátrapa tan curiosa función pero el símil trasladó fielmente su pensamiento a un amplio círculo de conocidos.

—No hay que preocuparse del de las 3.12 —dijo la señora Greyes—; vamos a contar esto en casa de Laura Lipping. Hoy recibe.

Cuando, al día siguiente, el muchacho de tez oscura entró en la tienda con su caldero de latón para la compra, había un buen puñado de clientes, los cuales, en su mayoría, daban la impresión de estar prolongando las operaciones de compra con el aire de las personas que no tienen mucho en qué ocupar su tiempo. Con una voz que se oyó por todo el local, tal vez porque todo el mundo estaba a la escucha, pidió una libra de miel y un paquete de mixtura para codornices.

—¡Más mixtura para codornices! —dijo la señorita Fritten—. Esas codornices deben ser muy voraces, o es que no se trata en absoluto de mixtura para codornices.

—Yo creo que es opio y que el hombre de la barba es un detective —dijo brillantemente la señora Greyes.

—No lo creo —dijo Laura Lipping—. Estoy segura de que tiene algo que ver con el trono portugués.

—Es más probable que sea una intriga persa a favor del ex Sha —dijo la señorita Fritten—; el hombre de la barba pertenece al partido gubernamental. La mixtura para codornices, por supuesto, es una contraseña; Persia está casi al lado de Palestina y las codornices aparecen en el Antiguo Testamento, ya sabes.

—Sólo asociadas a un milagro —dijo su bien informada hermana pequeña—. En todo momento me ha parecido que esto forma parte de una intriga amorosa.

El muchacho que tanto interés y especulación había concitado sobre sí estaba a punto de partir con sus compras cuando Jimmy, el sobrino aprendiz que desde su puesto detrás del mostrador del queso y el jamón tenía una excelente panorámica de la calle, se plantó ante él.

—Tenemos unas magníficas naranjas de Jaffa —dijo apresuradamente, señalando al rincón en que se hallaban apiladas, tras una elevada muralla de latas de galletas. Era evidente que en la observación había más de lo que el oído percibía. El muchacho corrió hacia las naranjas con el entusiasmo de un hurón que encuentra en casa a una familia de conejos después de un infructuoso día de búsqueda subterránea. Casi en el

mismo momento, el hombre de la barba irrumpió en la tienda y por encima del mostrador barbotó una petición de una libra de dátiles y una lata del mejor *halvah*^[6] de Esmirna. Ni la más intrépida ama de casa de la localidad había oído hablar jamás del *halvah*, pero aparentemente el señor Scarrick estaba en disposición de ofrecer la mejor variedad de Esmirna sin vacilar un solo instante.

—Debemos estar viviendo en *Las mil y una noches* —dijo la señorita Fritten, excitada.

—¡Calla! Escucha —instó la señora Greyes.

—¿Ha venido hoy el muchacho de tez oscura de que le hablé ayer? —preguntó el desconocido.

—Hoy hemos tenido en la tienda más gente de la habitual —dijo el señor Scarrick —, pero no recuerdo a un muchacho como el que usted describe.

La señora Greyes y la señorita Fritten, triunfalmente, miraron en derredor a sus amigas. Por supuesto, era deplorable que alguien tratara a la verdad como un artículo temporal y excusablemente fuera de circulación, pero se sintieron gratificadas porque el vivido relato del tráfico de falsedades del señor Scarrick recibiera una confirmación de primera mano.

—Ya nunca podré creerle cuanto me diga acerca de la ausencia de sustancias colorantes en la mermelada —susurró trágicamente una tía de la señora Greyes.

El misterioso desconocido se fue; Laura Lipping percibió con toda claridad un bufido de rabia contenida detrás del espeso bigote y el cuello de astracán subido. Al cabo de un prudente intervalo, el buscador de naranjas emergió de detrás de las latas de galletas con la apariencia de haber fracasado en su afán de encontrar alguna particular naranja que satisficiera sus exigencias. También él se marchó y la tienda se fue vaciando poco a poco de sus abigarrados y chismosos clientes. Era el “día de recibir” de Emily Yorling y las clientas en su mayoría se encaminaron hacia su saloncito. Ir directamente de una expedición para comprar a una reunión en torno al té era conocido localmente como “vivir en plena vorágine”.

A la tarde siguiente hubo que contratar a dos dependientes y sus servicios fueron cada vez más solicitados; la tienda hallábase abarrotada. La gente compraba y compraba y parecía no concluir nunca con sus listas. Jamás el señor Scarrick había encontrado tan escasa dificultad para embarcar a los clientes en nuevas experiencias de artículos alimenticios. Incluso aquellas mujeres cuyas compras eran de modestas proporciones andaban haciendo tiempo antes de irse a sus casas como si en ellas les esperasen maridos brutales y borrachos. La tarde había discurrido sin incidentes y había un perceptible zumbido de excitación incontrolada cuando un muchacho de tez

oscura con un caldero de latón en la mano entró en la tienda. La excitación pareció comunicarse incluso al señor Scarrick; abandonando inopinadamente a una señora que hacía erráticas preguntas acerca de la vida doméstica del pato de Bombay, interceptó al recién llegado camino del acostumbrado mostrador y le informó, en medio de un silencio mortal, que se había terminado la mixtura para codornices.

El muchacho, nerviosamente, recorrió con la vista toda la tienda y se volvió vacilante para marcharse. Nuevamente fue interceptado, esta vez por el sobrino, que surgió velozmente desde detrás de su mostrador y le dijo algo acerca de una especie de naranjas de mejor calidad. La vacilación del muchacho se esfumó; se abalanzó casi a la carrera hacia la penumbra del rincón de las naranjas. Hubo un expectante giro de la atención pública hacia la puerta y el desconocido alto y barbado hizo una entrada realmente espectacular. La tía de la señora Greyes declaró más tarde que se sorprendió a sí misma repitiendo subconscientemente: “El asirio irrumpió como un lobo en el aprisco” en un susurro, y así lo creyeron todos.

El recién llegado fue interceptado asimismo antes de llegar al mostrador, pero no por el señor Scarrick o su ayudante. Una dama portadora de un tupido velo, en la que nadie hasta entonces había reparado, se levantó lánguidamente de su asiento y le saludó con voz clara y penetrante.

—¿Su excelencia hace la compra por sí mismo? —dijo.

—Ordeno yo mismo las cosas —explicó el interpelado—. Tengo dificultades para hacerme comprender por mis criados.

En voz más baja, pero perfectamente audible aún, la velada dama le proporcionó una información inusitada.

—Aquí tienen unas excelentes naranjas de Jaffa. —Luego, con una risita reticente, salió de la tienda.

El hombre volvió la vista en derredor por toda la tienda y al fin, fijando los ojos instintivamente en la barrera de latas de galletas, le preguntó en voz alta al tendero:

—¿Tiene usted, quizás, buenas naranjas de Jaffa?

Todo el mundo esperaba una instantánea negativa por parte del señor Scarrick respecto a las existencias de naranjas. Antes de que pudiera contestar, sin embargo, el muchacho surgió de su santuario. Con el caldero de latón vacío por delante, se lanzó hacia la calle. Su rostro fue descrito más tarde, en forma diversa, como embozado por una estudiada indiferencia, cubierto por una palidez cadavérica e inflamado de desafío. Algunos dijeron que le castañeteaban los dientes, otros que salió silbando el himno nacional persa. No hubo error, sin embargo, en cuanto al efecto producido por el encuentro en el hombre que parecía haberlo provocado. Si un

perro rabioso o una serpiente de cascabel se le hubieran acercado de repente apenas si hubiera podido desplegar un acceso de terror mayor. Sus aires de autoridad y firmeza se esfumaron, sus zancadas cedieron lugar a un paso furtivo y sin rumbo, como el de un animal que busca un resquicio por donde huir. Con gesto aturrido y displicente hizo algunos encargos al azar que el tendero simuló anotar en su libro. De vez en cuando, salía a la calle, miraba con ansiedad en todas direcciones y volvía a entrar rápidamente continuando con su simulacro de compras. No regresó de una de aquellas salidas. Habíase precipitado en la oscuridad y ni él ni el muchacho de la tez oscura ni la dama del velo fueron vistos más por las expectantes multitudes que siguieron abarrotando el establecimiento de Scarrick los días subsiguientes.

—Nunca podré agradecerse bastante a usted y a su hermana —dijo el tendero.

—Nos hemos divertido mucho —dijo el artista modestamente—, y en cuanto al modelo, ha sido una agradable distracción de la tarea de posar durante horas para “El perdido Hylas”.

—En cualquier caso —añadió el tendero—, insisto en pagar el alquiler de la barba negra.

La puerta abierta

—Mi tía bajará al instante, señor Nuttel —dijo la jovencita de quince años y gran compostura—. Entretanto, tendrá que hacer un esfuerzo y conformarse con mi compañía.

Framton Nuttel se esforzó en pronunciar las palabras justas que pudieran halagar debidamente a la sobrina sin indebido menoscabo de la tía por venir. Íntimamente dudaba más que nunca de que esas visitas formales a una serie de absolutos desconocidos fueran de alguna utilidad para la cura de nervios que se suponía estaba iniciando.

—Sé muy bien cómo va a ser —había dicho su hermana mientras él hacía los preparativos para emigrar hacia su retiro rural—: te aburrirás y no hablarás con ningún alma viviente y tus nervios se pondrán peor que nunca a causa del decaimiento. Te daré cartas de presentación para toda la gente que conozco allí. Algunas personas, hasta donde puedo recordar, eran bastante agradables.

Framton se preguntaba si la señora Sappleton, la dama a quien había ido a presentar una de las cartas, pertenecería a la categoría de agradables.

—¿Conoce usted a mucha gente por aquí? —preguntó la sobrina, cuando estimó que ya habían tenido suficiente comunión silenciosa.

—Apenas a nadie —dijo Framton—. Mi hermana estuvo aquí, en la rectoría, ¿sabe usted?, hace unos cuatro años y me dio cartas de presentación para algunas personas. Esta última afirmación la formuló en un tono de clara pesadumbre.

—¿Entonces no conoce usted prácticamente nada acerca de mi tía? —prosiguió la joven y circunspecta damita.

—Sólo su nombre y dirección —admitió el visitante. Sentía curiosidad por saber si la señora Sappleton era casada o viuda. En la estancia reinaba algo indefinible que parecía sugerir una presencia masculina.

—Su gran tragedia ocurrió hace tres años —dijo la joven—. Eso debió ser después de la estancia de la hermana de usted.

—¿Su tragedia? —preguntó Framton. De algún modo, las tragedias parecían estar fuera de lugar en este plácido paraje rural.

—Tal vez se pregunte usted por qué mantenemos abierta de par en par aquella puerta en una tarde de octubre —dijo la sobrina señalando una puerta cristalera que daba sobre el césped.

—Está bastante templado para esta época del año —dijo Framton—. Pero, ¿esa

puerta tiene algo que ver con la tragedia?

—Por esa puerta, hoy hace tres años, salieron su marido y sus tres hermanos pequeños para una jornada de caza. Nunca regresaron. Cuando cruzaban el páramo camino de su terreno favorito para tirar a las agachadizas los tres fueron engullidos por una ciénaga traicionera. Había sido un verano terriblemente húmedo, ¿sabe?, y lugares en los que durante años no había peligro alguno se hundían súbitamente, sin previo aviso. Sus cuerpos nunca fueron hallados. Esto fue lo más horrible de todo — en este punto la voz de la joven perdió su aplomo y se tornó temblorosamente humana—. La pobre tía aún cree que algún día regresarán, ellos y el pequeño *spaniel* castaño que desapareció junto con ellos, y atravesarán esa puerta tal y como solían hacerlo. Por eso la puerta permanece abierta por las tardes hasta que se hace completamente de noche. La pobre y querida tía me ha contado muchas veces cómo partieron, su marido con su capote blanco impermeable bajo el brazo, y Ronnie, su hermano más pequeño, cantando “Bertie, ¿por qué brincas?” para importunarla como siempre, ya que ella decía que le atacaba a los nervios. ¿Sabe?, algunas veces, en tardes placidas y sosegadas como esta casi llego a tener el hormigueante sentimiento de que todos ellos van a trasponer esa puerta...

Se interrumpió con un ligero estremecimiento. Fue un alivio para Framton el momento en que la tía irrumpió en la habitación con un estallido de disculpas por la tardanza en hacer su aparición.

—Confío en que Vera haya sido capaz de entretenerle —dijo.

—Ha estado muy interesante —dijo Framton a su vez.

—Espero que no le moleste esa puerta abierta —dijo vivamente la señora Sappleton—. Mi marido y mis hermanos volverán de la caza y siempre entran por ahí. Hoy han ido a agachadizas a las marismas, así que me pondrán perdidas mis pobres alfombras. Muy propio de hombres, ¿no es así?

Continuó alegremente su facunda charla acerca de la caza y la escasez de aves y las perspectivas de patos para el invierno. A Framton todo aquello le resultaba sencillamente horrible. Hizo un esfuerzo desesperado, pero sólo parcialmente victorioso, por desviar la conversación hacia un tema menos macabro; era consciente de que su anfitriona no le prestaba más que una parte de su atención y de que sus ojos se dirigían, por encima de él, hacia la puerta abierta y el césped posterior. Ciertamente, era una desdichada coincidencia que hubiera ido a visitarla en ese trágico aniversario.

—Los médicos han coincidido en prescribirme un reposo total, abstención de excitación mental y evitar toda suerte de ejercicio físico violento —anunció

Framton, que se afanaba en la ilusión, tolerablemente extendida, de que los extraños absolutos y los conocimientos casuales sienten avidez por los menores detalles de los alifafes y dolencias que le aquejan a uno, sus causas y su tratamiento—. En cuanto a la dieta, no están muy de acuerdo —concluyó.

—¿No? —dijo la señora Sappleton con una voz que sólo en el último momento reemplazó a un bostezo. Luego, su atención se avivó con súbita alerta... pero no hacia lo que decía Framton.

—¡Ahí están, por fin! —exclamó—. ¡Justo a tiempo para el té! Y parece que vienen cubiertos de barro hasta los ojos.

Framton sintió un leve escalofrío y se volvió hacia la sobrina con una mirada que intentaba transmitir una comprensiva simpatía. La joven tenía la mirada fija en la puerta abierta con un aterrado azoramiento reflejado en sus ojos. En un estremecedor impulso de inefable pavor, Framton osciló sobre su asiento y miró en la misma dirección.

En medio de la creciente oscuridad del crepúsculo tres figuras marchaban por el prado en dirección a la puerta; las tres llevaban escopetas bajo el brazo y una de ellas iba cargada además con un capote blanco colocado sobre los hombros. Un agotado *spaniel* castaño les pisaba los talones. Se acercaron a la casa sin hacer ruido y entonces una ronca voz juvenil elevó su canto en medio de las tinieblas:

—He dicho, Bertie, ¿por qué brincas?

Framton aferró enloquecidamente su bastón y su sombrero. El vestíbulo, el sendero de grava y la puerta principal fueron etapas oscuramente percibidas en su presurosa retirada. Un ciclista que circulaba por la calle hubo de precipitarse sobre un seto para evitar la inminente colisión.

—Ya estamos aquí, querida —dijo el portador del *mackintosh* blanco, traspasando la puerta—. Un tanto embarrados pero pasablemente secos. ¿Quién era ese que salió como un rayo al entrar nosotros?

—Un hombre muy singular, un tal señor Nuttel —dijo la señora Sappleton—. No sabe hablar más que de sus enfermedades y salió como una exhalación sin una palabra de despedida ni excusa al llegar vosotros. Cualquiera diría que ha visto un fantasma.

—Yo creo que ha sido el *spaniel* —dijo calmosamente la sobrina—. Estuvo diciéndome que les tenía horror a los perros. En cierta ocasión, una jauría de perros parias le persiguió por las orillas del Ganges hasta un cementerio y tuvo que pasar la noche en una fosa recién cavada con esas criaturas gruñéndole, mostrándole los dientes y echando espumarajos por encima de su cabeza. Suficiente para hacer

perder los nervios a cualquiera.
La fabulación instantánea era su especialidad.

Sredni Vashtar

Conradin tenía diez años y el médico había expuesto su opinión profesional de que el muchacho no viviría otros cinco. El doctor era un hombre untuoso y cascado y apenas contaba para nada, pero su opinión fue corroborada por la señora De Ropp, que contaba para casi todo. La señora De Ropp era prima y tutora de Conradin y a los ojos de éste representaba esas tres quintas partes del mundo que son inevitables, desagradables y reales; las otras dos quintas partes, en perpetuo antagonismo con las anteriores, se compendian en sí mismo y su imaginación. Conradin daba por sentado que cualquier día sucumbiría a la presión agobiante de las fastidiosas cosas inevitables, tales como la enfermedad, las melindrosas restricciones y la omnipresente necedad. De no ser por su imaginación, desbocada por la espuela de la soledad, habría sucumbido largo tiempo atrás.

La señora De Ropp no se había confesado a sí misma, ni en sus momentos de máxima sinceridad, que le disgustaba Conradin, pese a ser oscuramente consciente de que contrariarle “por su propio bien” era una tarea que no encontraba particularmente enojosa. Conradin la odiaba con una desesperada sinceridad que era perfectamente capaz de ocultar. Aquellos escasos placeres que podía agenciarse por sí mismo incorporaban una fruición adicional gracias a la probabilidad de que desagradaran a su tutora y ésta quedaba totalmente fuera del reino de su imaginación; como una cosa inmunda que no hallaría acceso alguno.

Poco atractivo hallaba el muchacho en el languideciente y desangelado jardín, atalayado por tantas ventanas dispuestas a abrirse con un mensaje de no hagas esto o aquello o con el recordatorio de que tocaba tal o cual medicina. Los pocos árboles frutales con que contaba estaban preservados celosamente del alcance de su mano, como si fueran especímenes únicos en su género que floreciesen en medio de un árido baldío; probablemente habría sido difícil encontrar a un frutero que hubiese ofrecido diez chelines por toda la cosecha anual. Sin embargo, en un rincón perdido, casi oculta por una lúgubre maleza, había una caseta de herramientas de respetables proporciones y Conradin halló entre sus paredes un refugio, algo que en diversos aspectos participaba de la condición de sala de juegos y de catedral. La había poblado con una legión de fantasmas familiares, en parte evocados por fragmentos de la historia y en parte por su propio cerebro, pero también blasonaba de dos inquilinos de carne y hueso. En uno de sus rincones vivía una gallina Houdan de plumaje desportillado a la que el mocito prodigaba un cariño que apenas si tenía otro

objeto de efusión. Más sumida aún en la penumbra hallábase una conejera de grandes proporciones dividida en dos compartimientos, uno de los cuales presentaba un frente de apretados barrotes de hierro. Era ésta la morada de un hurón de gran tamaño que, en cierta ocasión, un amiguito, aprendiz de carnicero, le había hecho llegar bajo cuerda, con jaula y todo, hasta su actual emplazamiento, a cambio de cierta cantidad de pequeñas piezas de plata largamente atesoradas en secreto. Conradin le tenía un pavor terrible a aquella bestia elástica de afiladas garras, pero constituía su más preciada posesión. Su sola presencia en la caseta de las herramientas era un gozo secreto y sobrecogedor a ocultar escrupulosamente del conocimiento de la Mujer, como mentalmente denominaba a su prima. Y cierto día, Dios sabe a partir de qué hilos, tejió para el animal un nombre fabuloso y desde aquel momento quedó convertido en un dios y una religión. La Mujer se dedicaba a la religión una vez por semana en una iglesia próxima y llevaba con ella a Conradin, pero, para éste, aquel servicio religioso era una liturgia ajena en la Casa de Rimmon. Todos los jueves, en medio del oscuro y enmohecido silencio de la cabaña de herramientas, se postraba con místico y elaborado ceremonial ante la conejera de madera en que moraba Sredni Vashtar, el gran hurón. Flores rojas cuando era el tiempo y bayas escarlata en invierno eran las ofrendas depositadas ante su altar, pues era un dios que ponía especial énfasis en el lado torvo e inquietante de las cosas, todo lo contrario de la religión de la Mujer, que, hasta donde Conradin era capaz de apreciar, iba muy lejos en la dirección opuesta. Y en las festividades destacadas esparcía nuez moscada en polvo frente a la jaula, siendo uno de los alicientes de la ofrenda el que la nuez moscada fuera robada. Estas festividades se presentaban de forma irregular y tenían lugar fundamentalmente para celebrar algún acontecimiento casual. En cierta ocasión, cuando la señora De Ropp padeció un agudo dolor de muelas durante tres días, Conradin prolongó la celebración los tres días completos y casi llegó a persuadirse de que Sredni Vashtar era personalmente responsable del dolor de muelas; si éste se hubiera prolongado un día más, la provisión de nuez moscada se habría agotado.

Nunca toleraba que la gallina asistiera al culto de Sredni Vashtar. Mucho tiempo atrás, Conradin había llegado a la conclusión de que la gallina era anabaptista. No pretendía él tener la más remota idea de cómo era un anabaptista pero abrigaba la esperanza de que fuera algo reprehensible y poco respetable. La señora De Ropp era la referencia en que él basaba y detestaba toda respetabilidad.

Transcurrido un cierto tiempo, la fascinación de Conradin por la caseta de herramientas empezó a llamar la atención de su tutora. “No le conviene andar

trasteando por ahí haga el tiempo que haga”, decidió enseguida, y una mañana, durante el desayuno anunció que había vendido la gallina y se la habían llevado la noche anterior. Escrutó el rostro de Conradin con sus ojos miopes, a la espera de un estallido de rabia y dolor que se hallaba pronta a rebatir con un gran caudal de excelentes preceptos y razonamientos. Pero Conradin nada dijo; no había cosa alguna que decir. Algo, tal vez, en la palidez de su rostro le originó un momentáneo escrúpulo de conciencia, pues aquella tarde, con el té, había tostadas, una exquisitez que habitualmente estaba proscrita, sobre la base de que le sentaban mal al niño, además de que hacerlas “causaba molestias”, un pecado mortal a sus femeninos ojos de clase media.

—Creí que te gustaban las tostadas —exclamó con aire ofendido al ver que el muchacho no las tocaba.

—En ocasiones —dijo Conradin.

Aquella tarde, en el cobertizo, hubo una innovación en la liturgia de la deidad de la conejera. Conradin había solido cantar sus alabanzas; aquella noche le pidió una merced.

—Haz una cosa por mí, Sredni Vashtar.

La cosa no quedó especificada. Toda vez que Sredni Vashtar era un dios había que dar por descontado que debería saberlo. Y conteniendo un sollozo al mirar hacia el otro rincón, vacío, Conradin retornó al mundo que tanto odiaba.

Y todas las noches en la acogedora tiniebla de su habitación y todas las tardes en la penumbra del cobertizo de los aperos se elevaba la amarga letanía de Conradin:

—Haz una cosa por mí, Sredni Vashtar.

La señora De Ropp advirtió que las visitas al cobertizo no cesaban y cierto día hizo una nueva gira de inspección.

—¿Qué guardas en esa conejera cerrada? —preguntó—. Parece que son cobayas. Yo me encargaré de que desaparezcan.

Conradin apretó los labios con firmeza pero la Mujer registró su habitación hasta dar con la llave cuidadosamente escondida y se dirigió al instante hacia el cobertizo a completar su hallazgo. Era una tarde fría y Conradin había recibido la orden de no abandonar la casa. Desde la ventana del extremo del comedor se podía ver la puerta del cobertizo, más allá del ángulo de la maleza, y allí se apostó Conradin. Vio entrar a la Mujer y se la imaginó luego abriendo la puerta de la sagrada conejera y escudriñando con sus ojos miopes el espeso lecho de paja en que yacía oculto su dios. Tal vez, en su desmañada impaciencia, se pusiera a dar pinchazos en la paja con alguna cosa y Conradin exhaló fervientemente su plegaria por última vez. Pero

en el momento de la súplica supo que no tenía fe. Supo que la Mujer saldría al instante con aquella sonrisa fruncida, que tanto detestaba, en su rostro y que una hora o dos más tarde el jardinero se llevaría a su maravilloso dios, ya nunca más un dios sino un simple hurón pardo dentro de una jaula. Y supo que la Mujer triunfaría siempre, como triunfaba en ese momento, y que él crecería aún más lánguidamente bajo su vejatorio, oprimente y superior sentido común, hasta que un día nada tendría ya mayor importancia para él y se confirmaría la opinión del doctor. Lacerado y afligido por su derrota comenzó a cantar en voz alta y desafiante el himno de su amenazado ídolo:

Sredni Vashtar surgió.

Sus designios eran rojos designios y sus dientes eran blancos.

Sus enemigos pidieron la paz pero él les acarreó la muerte.

Sredni Vashtar el Gallardo.

Al llegar a este punto cesó súbitamente en su canto y se aproximó aún más al cristal de la ventana. La puerta del cobertizo hallábase aún entornada, tal como había quedado, y los minutos fueron deslizándose. Fueron unos minutos largos, pero se deslizaron no obstante. Vio a los estorninos saltando y volando en pequeños grupos por el césped; los contó una y otra vez, siempre con un ojo puesto en la bamboleante puerta. Una doncella de cara avinagrada entró a poner la mesa para el té y Conradin aún continuaba erguido y esperaba y observaba. La esperanza había ido abriéndose paso poco a poco en su corazón y en aquel momento una mirada de triunfo empezó a fulgurar en sus ojos, que sólo habían conocido la anhelante paciencia de la derrota. En voz baja, con una exultación furtiva, comenzó una vez más el peán de la victoria y la devastación y al instante sus ojos se vieron recompensados: a través de aquella puerta surgió un animal alargado, de corta talla, amarillo y pardo, de ojos entrecerrados a la menguante luz del día y manchas húmedas y oscuras sobre el pelaje todo en derredor de las fauces y el pescuezo. Conradin cayó de rodillas. El majestuoso hurón se encaminó hacia un pequeño arroyo que corría por un extremo del jardín, bebió durante unos momentos y se perdió de vista entre los arbustos. Tal fue el tránsito de Sredni Vashtar.

—El té está servido —dijo la doncella de rostro avinagrado—. ¿Dónde está la señora?

—Fue al cobertizo hace ya rato —dijo Conradin.

Y mientras la doncella iba a llamar a su señora para el té Conradin pescó un tostador

del cajón del aparador y se puso a tostar un trozo de pan. Y mientras lo tostaba y untaba de mantequilla, con mucha mantequilla, y lo degustaba lentamente, Conradin oía los ruidos y los silencios que se abatían con súbitos espasmos al otro lado de la puerta del comedor. Los horrísonos y disparatados alaridos de la doncella, la respuesta coral de asombradas exclamaciones procedentes de la zona de cocinas, los pasos intermitentes y las presurosas embajadas para recabar auxilio del exterior y luego, tras un momento de calma, los alarmados sollozos y el arrastrar de pies de los que transportaban una pesada carga al interior de la casa.

—¿Quién le dará la noticia al pobre niño? ¡Por mi vida que yo no soy capaz! — exclamó una voz aguda. Y mientras debatían el asunto entre ellos Conradin se preparó otra tostada.

Los intrusos

En medio de un bosque de abigarrada vegetación, situado en un paraje de los confines orientales de los Cárpatos, cierta noche de invierno, hallábase un hombre en atenta observación y a la escucha, como a la espera de que alguna bestia selvática apareciese en su campo de visión y, más tarde, al alcance de su rifle. Pero la pieza que mantenía tan viva su atención no era de las que figuran en los calendarios de los *sportmen* como de caza legal y autorizada; Ulrich von Gradwitz patrullaba por el tenebroso bosque en busca de un enemigo humano.

Las tierras boscosas de Gradwitz eran de considerable extensión y estaban bien provistas de caza; la estrecha franja de abrupto y frondoso bosque que constituía una de sus lindes no se distinguía por la abundancia de caza que albergaba ni por las monterías que proporcionaba y sin embargo, de todas las posesiones territoriales de su propietario, era la más celosamente guardada. Un famoso pleito, en los días de su abuelo, lo había rescatado de la posesión ilegal de una vecina familia de pequeños terratenientes; la parte desposeída nunca había acatado la sentencia del tribunal y una larga serie de disputas por caza furtiva y escándalos similares habían agriado las relaciones entre las familias durante generaciones. La rivalidad vecinal habíase tornado personal desde que Ulrich se convirtiera en cabeza de familia; si había en el mundo un hombre al que detestaba y deseaba todo mal, ese era Georg Znaeym, el heredero de la querrela, infatigable cazador furtivo e invasor de la arbolada frontera. La disensión podía, tal vez, haberse extinguido y haber sido objeto de un compromiso de no haber mediado la malquerencia personal de los dos hombres. De muchachos, ambos ansiaban la sangre, el uno del otro. De adultos, cada uno imploraba que la desdicha cayera sobre el otro, y este invierno de flagelante viento Ulrich había reunido a sus monteros para batir el tenebroso bosque, no en busca de presas de cuatro patas sino para mantener la vigilancia sobre los furtivos que, sospechaba, andaban por aquellas tierras fronterizas. Los corzos que normalmente se refugiaban en las cañadas durante las tormentas de viento, aquella noche pasaban a la carrera como saetas y había movimiento e inquietud entre las criaturas que solían dormir durante las horas de oscuridad. A buen seguro, había algún elemento perturbador en el bosque y Ulrich imaginaba su lugar de procedencia.

Ulrich se alejó en solitario de los ojeadores que había emboscado en la cima del cerro y deambuló por las empinadas pendientes en medio de la silvestre y enmarañada maleza, atisbando entre los troncos de los árboles y acechando entre las

agudas tonalidades del viento y el incesante batir de la enramada alguna visión o sonido de los merodeadores. ¡Ah!, si en esta noche procelosa, en este tenebroso y solitario lugar, se encontrara con Georg Znaeym, de hombre a hombre, sin testigos..., este era el deseo que dominaba todos sus pensamientos. Y al rodear el tronco de una enorme haya se encontró frente a frente con el hombre que buscaba.

Los dos hombres se quedaron mirándose durante un prolongado y silencioso intervalo. Ambos tenían un rifle en la mano, ambos tenían odio en su corazón y, sobre todo ello, ambos tenían el homicidio en su mente. El azar les había conducido a la posibilidad de dar rienda suelta a las pasiones de toda una vida. Pero un hombre educado en los códigos de una civilización represiva no encuentra fácilmente el ánimo necesario para disparar contra su vecino a sangre fría y sin pronunciar palabra, a no mediar algún agravio contra su linaje y su honor. Y antes de que los instantes de vacilación dieran paso a la acción, un acto de violencia de la propia Naturaleza se abatió sobre ambos; Un restallante alarido de la tormenta había tenido como respuesta un furioso estallido por encima de sus cabezas y, antes de que pudieran apartarse, la masa de un haya abatida se precipitó sobre ellos. Ulrich von Gradwitz hallóse tendido sobre el suelo, con un brazo inmovilizado bajo el peso de su propio cuerpo y el otro casi igualmente inutilizado por una espesa maraña de ramas ahorquilladas en tanto que ambas piernas quedaban atrapadas bajo la masa desplomada. Las fuertes botas de caza preservaron a los pies de quedar destrozados, pero, si bien las fracturas no eran tan serias como podrían haberlo sido, resultaba cuando menos evidente que no podría moverse de su actual posición hasta que no llegara alguien a rescatarle. Las ramas habían azotado la piel de su rostro y había tenido que apartar con el movimiento de los párpados algunas gotas de sangre de sus pestañas antes de estar en condiciones de tener una visión general del desastre. A su lado, tan cerca que en circunstancias normales hubiera podido tocarle, yacía Georg Znaeym, vivo y forcejeando pero evidentemente tan atrapado como él. Todo en derredor suyo era un nutrido naufragio de ramajes y astillas.

El alivio de estar vivo y la exasperación causada por la forzada cautividad hicieron brotar una extraña mezcla de piadosos votos de gratitud y vehementes imprecaciones en los labios de Ulrich. Georg, medio ciego por la sangre que corría por sus ojos, detuvo por un instante su forcejeo para escuchar y emitió luego una breve e insidiosa risita.

—Así que no estás muerto, como debieras; pero, en cualquier caso, estás atrapado —exclamó—, bien atrapado. Vaya, esto sí que tiene gracia. Ulrich von Gradwitz cogido en la trampa en el bosque robado. ¡Te ha alcanzado la verdadera justicia!

Y volvió a reír, burlona y ferozmente.

—Estoy atrapado en mi propio bosque —replicó Ulrich—. Cuando mis hombres vengan a rescatarnos quizás preferirás estar en el cepo que no atrapado en flagrante furtivismo en las tierras de tu vecino, ¡afrentado te veas! Georg guardó silencio unos instantes; luego dijo quedamente:

—¿Estás seguro de que tus hombres encontrarán algo que rescatar? Yo también tengo hombres en el bosque esta noche, siguiéndome de cerca, y llegarán aquí los primeros a liberarnos. Cuando me hayan sacado de debajo de estas malditas ramas no será necesaria demasiada torpeza por su parte para hacer rociar este enorme tronco justamente sobre ti. Tus hombres te encontrarán muerto bajo un haya caída. Por pura fórmula, enviaré mi condolencia a tu familia.

—Es una valiosa sugerencia —replicó Ulrich con fiereza—. Mis hombres tienen orden de seguirme en el plazo de diez minutos, de los que han debido transcurrir siete, y me sacarán de aquí... Recordaré tu sugerencia. Sólo que, como tú habrás hallado la muerte cazando furtivamente en mis tierras, no creo que pueda, sinceramente, enviar ningún mensaje de condolencia a tu familia.

—Bueno —refunfuñó Georg—, bueno. Éste es un duelo a muerte entre tú y yo y nuestros monteros, sin malditos intrusos que se interpongan entre nosotros. ¡Así te mueras y te veas condenado, Ulrich von Gradwitz!

—Lo mismo te deseo, Georg Znaeym, saqueador, cazador furtivo.

Los dos hombres hablaban con el desabrimiento de hallarse ante una posible derrota, ya que ambos sabían que pasaría mucho tiempo antes de que sus hombres se lanzasen en su búsqueda y dieran con ellos; era una pura cuestión de suerte cuál de las partidas llegaría la primera al lugar de la escena.

Para entonces, los dos habían abandonado su inútil forcejeo por liberarse de la masa arbórea que les atenazaba; Ulrich limitó su empeño al esfuerzo por dejar parcialmente libre un brazo lo bastante cerca del bolsillo exterior de su capote como para sacar su petaca de vino. Incluso después que hubo realizado esa operación transcurrió aún largo tiempo hasta que pudo desenroscar el tapón y trasegar algo del líquido a su garganta. ¡Pero antojósele un sorbo caído de los cielos! Estaban en pleno invierno, aunque había caído poca nieve, gracias a lo cual los cautivos sufrían los rigores del frío menos de lo que cabría esperar para aquella época del año; no obstante, el vino resultó cálido y vivificante para su maltrecha humanidad; echó luego una mirada de soslayo con algo así como un latido de piedad hacia donde su enemigo yacía tratando de impedir que sus quejidos de dolor y extenuación traspasaran el umbral de sus labios.

—¿Podrías hacerte con el frasco si te lo lanzo? —preguntó Ulrich de pronto—. Contiene buen vino y hay que tratar de aguantar lo mejor posible. Bebamos, incluso a pesar de que uno de los dos muera esta noche.

—No, apenas puedo ver; tengo mucha sangre apelmazada encima de los ojos —dijo Georg—; y, en cualquier caso, no bebo vino con un enemigo.

Ulrich permaneció en silencio algunos minutos, escuchando el fatigoso alarido del viento. En su cerebro, lentamente, iba surgiendo y agrandándose una idea que ganaba en pujanza cada vez que miraba de soslayo al hombre que luchaba tan ceñudamente contra el dolor y la fatiga. En medio del dolor y la lasitud que el propio Ulrich sentía, el feroz odio de antaño parecía ir apagándose.

—Vecino —dijo al poco—, haz como te plazca si tus hombres llegan primero. El trato era justo. Por lo que a mí respecta he cambiado de opinión. Si mis hombres llegan antes será a ti a quien primero socorrerán, como huésped mío. Nos hemos peleado como demonios toda nuestra vida por esta estúpida franja de bosque, donde los árboles ni siquiera resisten en pie una ráfaga de viento. Tendido aquí esta noche, pensando, he llegado a la conclusión de que hemos sido unos necios; hay cosas mejores en la vida que ganar una disputa sobre linderos. Vecino, si me ayudas a enterrar nuestra vieja querella, yo... yo te rogaré que seas mi amigo.

Georg Znaeym permaneció en silencio tanto tiempo que Ulrich pensó que acaso había sucumbido al dolor de sus heridas. Al fin, habló lenta y entrecortadamente.

—Qué pasmados se iban a quedar todos y cuánta comidilla habría en toda la región si nos vieran llegar cabalgando juntos a la plaza del mercado. No hay ser viviente que haya visto a un Znaeym y a un von Gradwitz hablándose amistosamente. Y qué paz reinaría entre las gentes de los bosques si pusiéramos fin a nuestro pleito esta noche. Y si decidimos hacer las paces entre los nuestros no hay nadie que interfiera, no hay intrusos ajenos... Tú vendrías a pasar la noche de San Silvestre bajo mi techo y yo asistiría al festín en algún día señalado a tu castillo... No volvería a disparar un solo tiro en tus tierras excepto cuando me invitaras y tú vendrías a cazar conmigo allá en los marjales, siempre llenos de patos y otras aves. En toda la comarca no hay quien pueda impedirnos, si nosotros lo deseamos, hacer las paces. Nunca pensé que pudiera ambicionar otra cosa que odiarte, en toda mi vida, pero creo que yo también he cambiado de opinión sobre el particular en esta última media hora. Y me ofreciste tu petaca de vino... Ulrich von Gradwitz, seré tu amigo.

Durante un rato los dos hombres permanecieron en silencio, dando vueltas en la cabeza a las maravillosas transformaciones que llevaría consigo esta dramática reconciliación. Yacían en medio de aquel bosque frío y tenebroso, con el viento

desgarrándose en rachas espasmódicas por entre las desnudas ramas y silbando en torno a los troncos de los árboles, esperando la ayuda que traería, ahora, rescate y socorro para ambos. Y cada uno de ellos musitaba una íntima oración para que fueran sus hombres los primeros en llegar, de modo que cada uno pudiera ser el primero en mostrar su deferente atención al enemigo que acababa de convertirse en amigo.

Al cabo, cuando el viento amainó por un momento, Ulrich rompió el silencio.

—Vamos a gritar pidiendo ayuda —dijo—. Con esta calma nuestras voces pueden llegar lejos.

—No irán muy lejos entre los troncos y la maleza —dijo Georg—, pero podemos intentarlo.

A un tiempo, pues.

Ambos elevaron sus voces en un prolongado grito de caza.

—Otra vez a un tiempo —dijo Ulrich unos minutos más tarde, después de escuchar en vano a la espera de una voz de réplica.

—Creo que esta vez oigo algo —dijo Ulrich.

—Yo no oigo más que este inmundo viento —dijo Georg roncamente.

Hubo un nuevo silencio de varios minutos y luego Ulrich emitió un grito de alegría.

—Alcanzo a ver unas formas que se acercan por el bosque. Van siguiendo el camino por el que descendí la ladera.

Los dos hombres alzaron sus voces con todas las fuerzas que fueron capaces de reunir.

—¡Nos oyen! Se han parado. Ahora nos ven. Bajan corriendo por la ladera hacia nosotros —exclamó Ulrich.

—¿Cuántos son? —preguntó Georg.

—No lo distingo bien —dijo Ulrich—. Nueve o diez.

—Entonces son los tuyos —dijo Georg—. Yo sólo tenía conmigo siete.

—Vienen a toda la velocidad que les es posible, bravos muchachos —dijo Ulrich jubilosamente.

—¿Son tus hombres? —preguntó Georg—. ¿Son tus hombres? —repitió con impaciencia al no recibir respuesta de Ulrich.

—No —dijo Ulrich con una risotada, la risotada gárrula y estridente de un hombre desencajado a causa de un tremebundo pavor.

—¿Quiénes son? —preguntó Georg rápidamente, haciendo un esfuerzo por ver lo que el otro de buena gana hubiera deseado no haber visto.

—*Lobos.*



SAKI, seudónimo literario de Hector Hugh Munro (18 de diciembre de 1870 - 14 de noviembre de 1916), fue cuentista, novelista y dramaturgo británico. Sus agudos y, en ocasiones, macabros cuentos recrearon irónicamente la sociedad y la cultura victoriana en que vivió.

Saki es considerado un maestro del relato corto, a menudo comparado con O. Henry y con Dorothy Parker. Sus personajes están finamente dibujados y sus elegantes tramas han recibido muy buenas críticas.

Describió incomparablemente a sus contemporáneos de la clase media victoriana, tan estrictos en sus maneras y amantes de absurdas fórmulas y rutinas. Su sentido del humor, cáustico e irónico, era muy apreciado por Jorge Luis Borges, quien lo situaba al lado de Kipling y Thackeray, como uno de los ingleses ilustres nacidos en Oriente.

Notas

[1] A *Yermak effort*, en el original. Saki era un gran conocedor de la historia de Rusia, sobre el origen de cuyo imperio asiático escribió un libro. De aquí esta pedantesca y pintoresca referencia. Yermak Timofeyevich fue el jefe cosaco que en el siglo XVI comandó las avanzadillas de la penetración rusa en Siberia y consiguió algunas victorias parciales gracias a que sus hombres portaban armas de fuego, algo nunca visto por los tártaros armados de flechas que se les enfrentaron. Murió ahogado en el río Irtysh en agosto de 1584, durante una retirada ante las tribus locales, a causa del peso de la cota de malla que vestía, regalo del zar Iván IV. La expresión de Saki, obviamente irónica, podría tener su equivalente en nuestro “hercúleo” esfuerzo; de ahí el adjetivo con el que doy cuenta de ella. (N. del T.) <<

[2] Famosa opereta sentimental y patrioter de Gilbert y Sullivan, muy popular entre los ingleses y especialmente los londinenses (su acción transcurre en la Torre de Londres). (N. del T.) <<

[3] Cierta alfombra de vellones largos y suaves procedente de este distrito en el condado inglés de Devonshire, aunque en la actualidad se confecciona en Wilton, condado de Wiltshire, renombrado por sus alfombras desde hace siglos. <<

[4] Condado del sureste de Irlanda cuya capital es la ciudad homónima, símbolo del patriotismo irlandés y católico frente a la dominación británica y protestante, encarnada en los miembros de la logia de Orange, establecida en el norte de Irlanda. (N. del T.) <<

[5] Estadista francés que organizó la resistencia patriótica durante la guerra franco-prusiana de 1870-71 y predicador de la revancha contra los alemanes. (N. del T.) <<

[6] Un dulce turco hecho a base de semillas de sésamo y frutos secos mezclados con miel. (N. del T.) <<